

Historia de la princesa Zulkäi s y el príncipe Kalilah

*William Beckford / Clark
Ashton Smith*



www.manuscritos.com

ISBN 84-95547-28-7

Historia de la princesa Zulkäi s y el príncipe Kalilah

**William Beckford / Clark
Ashton Smith**

Traducción: José María Nebreda

ISBN 84-95547-28-7

Mi padre, señor, difícilmente puede ser un desconocido para vos, teniendo en cuenta que el Califa Motassem le había confiado su fértil provincia de Masra. Ni habría sido indigno de su alta posición si, en vista de la ignorancia y flaqueza humanas, un desmesurado deseo de controlar el futuro no hubiera desembocado en un error imperdonable. El Emir Abú Taher Achmed, sin embargo –pues tal era el nombre de mi padre–, se hallaba bastante lejos de reconocer esta verdad. Con frecuencia intentó anticiparse a la Providencia y dirigir el curso de los acontecimientos a pesar de los designios del Cielo. ¡Ay! ¡Terribles son en verdad estos designios! ¡Más tarde o más temprano acaban por cumplirse! ¡Vanamente tratamos de oponernos a ellos!

Durante un largo período de años todo floreció bajo el gobierno de mi padre y de los Emires que tan maravillosamente administraban aquella hermosa provincia; Abú Taher Achmed no será olvidado. Pero obsesionado con aquellas discutidas inclinaciones, solicitó los servicios de ciertos nubios expertos, nacidos junto a las fuentes del Nilo, que habían investigado concienzudamente el curso del río y conocían todas las características y propiedades de sus aguas; y, con su ayuda, llevó a cabo el impío deseo de regular los desbordamientos de la corriente. De esta manera convirtió la región en un vergel exuberante, quedando después exhausta. La gente, siempre esclava de las apariencias, aplaudía sus empresas, trabajando incansablemente en los canales innumerables con los que había mancillado la tierra, y, cegados por el éxito, superaban con alegría cualquier obstáculo desafortunado con el que se encontraban. Si, de los diez navíos que él enviaba a traficar de acuerdo a sus antojos, tan sólo uno de ellos retornaba ricamente cargado después de una travesía triunfal, entonces el fracaso de los otros nueve no contaba para nada. Y aunque bajo su vigilancia y cuidado el comercio prosperó durante su reinado, él mismo no daba importancia a sus pérdidas y se cubría de gloria cuando todo salía bien.

No tardó Abú Taher Achmed en llegar al convencimiento de que si pudiese volver a recuperar las artes y ciencias de los antiguos egipcios su poder sería ilimitado. Creía que, en las más remotas épocas de la antigüedad, el hombre se había apropiado de ciertos rayos de sabiduría divina con los que era capaz de crear maravillas, y no cejó en la idea de volver a recuperar una vez más aquel tiempo glorioso. Y para llevar a cabo este propósito organizó expediciones de búsqueda entre las ruinas que menudeaban por el país en pos de las misteriosas tablillas que, de acuerdo a los informes de los Sabios que llenaban su corte, le mostrarían cómo aquellas artes y ciencias en cuestión podrían ser adquiridas, y cómo sería capaz de conseguir ocultos tesoros, y cómo sojuzgar la Inteligencia de aquellos cuyos tesoros eran guardados. Nunca antes de él un musulmán se había enredado el cerebro con jeroglíficos. Pero ahora la decisión estaba tomada: se debía buscar todo tipo de jeroglífico, en cualquier sitio, en las más remotas provincias: aquellos extraños caracteres debían ser copiados con claridad en telas de lino. He visto cientos de veces aquellas telas colgando de los tejados de nuestro palacio. Ni tan siquiera las abejas se demorarían tanto tiempo sobre un lecho de flores como los Sabios sobre aquellas láminas pintarrajeadas. Pero cada Sabio mantenía una opinión diferente sobre su significado, y las argumentaciones eran frecuentes y las riñas continuadas. No sólo los Sabios consumían las horas del día en persecución de sus anhelos, sino que muchas veces los rayos de la luna resplandecían sobre ellos mientras proseguían sus trabajos. No se atrevían a encender antorchas en los tejados y terrazas por temor a alarmar a los musulmanes fieles, que ya empezaban a maldecir la veneración de mi padre por aquellas impías antigüedades, y contemplaban los símbolos garabateados, las figuras, con piadoso terror.

Mientras tanto, el Emir, que jamás se había tomado a la ligera ningún asunto real en materia de negocios, aunque fuera insignificante, si ello tenía que ver con la consecución de sus raros estudios, comenzó a no ser tan escrupuloso en la práctica de sus principios religiosos, y con frecuencia olvidaba realizar las abluciones ordenadas por la ley. Las mujeres de su harén pronto se percataron de ello, pero tenían miedo de hablar, pues, por una u otra razón, su influencia había menguado considerablemente. Cierta día, sin embargo, Shaban, el jefe de los eunucos, el más viejo y piadoso, se plantó ante su amo portando un jarro dorado y le dijo:

—Las aguas del Nilo nos han sido dadas para limpiar todas nuestras impurezas; sus fuentes manan de las nubes del cielo, no de ídolos impíos; tomad estas aguas y usadlas, pues las necesitáis.

El Emir, impresionado por las palabras y el tono de Shaban, atendió sus justos requerimientos y, en vez de continuar desempaquetando un enorme fardo de telas garabateadas que acababan de llegar de lejanas regiones, ordenó al eunuco que sirviera la diaria colación en el Salón de las Rejillas Doradas, y que reuniese a todos sus esclavos y a todos sus pájaros, de los que poseía enormes cantidades encerrados en jaulas de madera de sándalo.

Inmediatamente el palacio vibró con el sonido de los instrumentos musicales, y grupos de esclavos comenzaron a aparecer engalanados con sus ropas más atractivas, tirando de una cadena con un pavo real tan blanco como la nieve. Mas una esclava, sólo una —cuyas maneras y delicada figura eran una delicia para los ojos—, no llevaba encadenada tras de sí ningún ave y permanecía con el velo echado.

—¿Por qué esta distinción? —dijo el Emir a Shaban.

—Señor —respondió con regocijo—, soy mejor que cualquiera de vuestros astrólogos, pues he sido yo quien ha descubierto esta estrella resplandeciente. Mas no penséis que ella os debe pleitesía aún; su padre, el santo, el venerable Imán Abzenderud, jamás consentirá haceros feliz poseyendo el encanto de su hija a menos que realicéis vuestras abluciones con regularidad y prescindáis de todos vuestros sabios y jeroglíficos.

Mi padre, sin replicar a Shaban, corrió a quitar el velo que nublaba los rasgos de Ghulendi Begum —pues tal era el nombre de la hija de Abzenderud—, y lo hizo con tanta violencia que estuvo a punto de aplastar dos pavos y desparramar el contenido de varios canastos de flores. A esta repentina acción dio paso una especie de estupor estático. Finalmente gritó:

—¡Qué hermosa es, qué adorable! ¡Ve, trae enseguida al Imán de Sussuf, ocúpate de que la cámara nupcial esté lista y de que todos los preparativos necesarios para nuestra boda estén terminados en el plazo de una hora!

—Pero, Señor —dijo Shaban consternado—, olvidáis que Ghulendi Begum no puede casarse con vos sin el consentimiento de su padre, que ha impuesto la condición de que abandonéis...

—¿Qué tonterías estás diciendo? —le interrumpió el Emir—. ¿Acaso piensas que soy tan estúpido como para no preferir a esta joven virgen, tan fresca como el rocío de la mañana, que a esos montones

de enmohecidos jeroglíficos del color de las cenizas muertas? Y en cuanto a Abzenderud, ve y tráelo si gustas, pero con rapidez, pues ten por seguro que no esperaré ni un solo momento más de lo que ya he ordenado.

—Rápido, Shaban —dijo Ghulendi Begum con modestia—, rápido; ya ves que no estoy en posición de resistirme a sus deseos.

—Es culpa mía —dijo el eunuco mientras salía—, pero haré todo lo posible por rectificar mi error.

Inmediatamente corrió en busca de Abzenderud. Pero este fiel servidor de Alá había salido de casa muy temprano, marchando de madrugada hacia los prados donde acostumbraba a llevar a cabo sus pías investigaciones sobre el crecimiento de las plantas y la vida de los insectos. Una palidez mortal se apoderó de su rostro cuando vio a Shaban precipitándose sobre él como un cuervo de mal agüero, y cuando le oyó decir, con palabras entrecortadas, que el Emir no le había prometido nada, y que hasta él mismo podía llegar demasiado tarde para obligarle a cumplir las piadosas condiciones que con tanto ahínco había ponderado. Aun así, el Imán no perdió el coraje y en poco tiempo se presentó en el palacio de mi padre; pero por desgracia llegó tan cansado que no tuvo más remedio que echarse en un sofá, en el que permaneció cerca de una hora, jadeante y sin respiración.

Mientras los eunucos hacían todo lo posible por revivir al santo hombre, Shaban había ido rápidamente hacia la cámara elegida para los placeres de Taher Achmed; pero su empeño se vio disminuido cuando descubrió que la puerta se hallaba custodiada por dos eunucos negros que, sable en mano, le informaron de que si subía un solo escalón más, su cabeza rodaría entre sus pies. Así que no pudo hacer otra cosa mejor que volver junto a Abzenderud, cuyos resoplidos distinguió mientras entornaba los ojos con tristeza, lamentando el instante en el que se le ocurrió traer a Ghulendi Begum a los dominios del Emir.

A pesar de los cuidados que mi padre prestaba a las estancias de la nueva Sultana, algo había escuchado de la disputa entre Shaban y los dos eunucos negros, y tenía una idea bastante clara de lo que estaba pasando. De modo que, en cuanto lo creyó conveniente, fue al encuentro de Abzenderud en el Salón de las Rejillas Doradas, acompañado de Ghulendi Begum, y aseguró al santo hombre que, mientras esperaban su llegada, él, el Emir, la había hecho su esposa.

Ante estas palabras, el Imán profirió un grito lastimero y agudo que dejó al descubierto la contrariedad que albergaba en su pecho; y tornando la mirada en un gesto horrible, dijo a la nueva Sultana:

—Mujer desdichada, ¿acaso no sabes que los actos irresponsables y mezquinos terminan siempre de forma miserable? Tu padre te habría procurado un futuro feliz, pero no has esperado el fruto de sus esfuerzos, aunque tal vez el Cielo se mofe de todas las previsiones humanas. No quiero saber nada más acerca del Emir; ¡que disfrute contigo y con sus jeroglíficos como más le plazca! Presiento que sobrevendrán males indecibles; mas no seré testigo de ellos. Regocijo pasajero, contaminado por el placer. En cuanto a mí, ¡invoco en mi ayuda al Ángel de la Muerte, y espero que en el plazo de tres días pueda descansar en paz en el regazo de nuestro gran Profeta!

Una vez pronunciadas las últimas palabras, se puso en pie, tambaleante. Su hija intentó sujetarle en vano por la espalda, pero él dio un tirón a su túnica, arrancándosela de sus temblorosas manos. Ghulendi cayó abatida al suelo, y mientras el Emir la cogía distraído por la espalda intentando devolverle la consciencia, el obstinado Abzenderud salió de la habitación murmurando.

En un principio se pensó que el santo hombre no cumpliría su juramento, que sufriría en silencio hasta encontrar un consuelo; pero no fue así. En cuanto llegó a casa se taponó los oídos con algodón, de forma que le resultase imposible escuchar la algarabía y el clamor de sus amigos; acto seguido, sentándose sobre los cojines de su celda, con las piernas cruzadas y la cabeza entre las manos, permaneció inmutable en aquella postura, sin hablar ni requerir comida alguna; y por fin, al cumplirse los tres días, expiró tal y como había jurado. Fue enterrado con gran pompa, y durante las exequias Shaban no dejó de manifestar su pesar azotándose sin piedad el cuerpo y manchado la tierra con pequeños regueros de sangre; después de lo cual, y una vez aplicado bálsamo a sus heridas, retornó a las labores de su oficio.

Mientras tanto, el Emir se desvelaba intentando mitigar la desesperación de Ghulendi Begum y con frecuencia maldecía los jeroglíficos que habían sido el motivo de su primer interés. Por fin tantas atenciones conmovieron el corazón de la Sultana. Cambió su estado habitual de ánimo y se quedó embarazada; y todo volvió a la normalidad.

El Emir, siempre influenciado por la grandeza de los antiguos Faraones, construyó a estilo de aquéllos un palacio con doce pabellones, con la idea de instalar en ellos lo antes posible a cada uno

de sus hijos. Por desgracia sus esposas no le daban más que niñas. Maldecía en cada parto, rechinando los dientes, acusando a Mahoma de ser el motivo de sus desgracias, y habría sido por completo intratable si Ghulendi Begum no hubiese encontrado la manera de aplacar su mal comportamiento. Se las arreglaba para que visitase todas las noches sus aposentos, donde gracias a ingenuos y variados ardides lograba introducir un soplo de aire fresco, mientras en otras partes del palacio la atmósfera era sofocante.

Durante el embarazo mi padre nunca dejó el estrado donde ella se reclinaba. Aquel estrado se hallaba en una larga y espaciosa galería que miraba sobre el Nilo, así dispuesta para contemplar el nivel de la corriente, y tan cerca de ella que cualquiera que se asomara al borde podría arrojar directamente a sus aguas las pepitas del fruto que estuviese comiendo en esos momentos. Los mejores danzarines, los más relevantes magos, rondaban el palacio a todas horas. Por las noches tenían lugar representaciones a la dorada luz de un millar de lámparas, emplazadas sobre el piso para destacar así la agilidad y la gracia con la que se movían los pies de los bailarines. Éstos le costaban a mi padre inmensas fortunas, ya que calzaban babuchas perladas de oro y sandalias cubiertas de joyas; y, desde luego, cuando se movían todos juntos el efecto era sobrecogedor.

Pero, a pesar de estas demostraciones y lujos, la Sultana pasó días muy infelices en su estancia. Con la misma indiferencia con la que un desgraciado insomne, atormentado por la falta de sueño, contempla el relucir de las estrellas, así veía ella pasar ante sus ojos el discurrir de los espléndidos bailes. Pronto empezó a pensar en el juramento, que parecía profético, de su venerable padre; pronto comenzó a temer su extraño e indiscernible fin. Cientos de veces interrumpía las melodías de los cantores gritando: «¡La fatalidad ha decretado mi ruina! ¡El Cielo no me concederá un hijo y mi esposo jamás querrá volver a verme!» El tormento de su mente intensificó el dolor y la inquietud propios de su estado. Mi padre llegó a estar tan preocupado que, por primera vez en toda su vida, apeló al Cielo e hizo ofrendas en todas y cada una de sus mezquitas. No se olvidó tampoco de las obras de caridad, de forma que ordenó se hiciera público que todos los mendigos deberían acudir al patio más grande del palacio, donde se les serviría la cantidad de arroz que tuvieran a bien tomar de acuerdo a sus apetitos individuales. De esta manera llegó a acumularse ante las puertas del palacio tal aglomeración de gente que los recién llegados eran difícilmente satisfechos. Los mendigos venían de todas

partes, por el río y por tierra. Pueblos enteros llegaron remontando el río en barcazas. Y el hambre de todos ellos era insaciable; los edificios que había levantado mi padre, su constante búsqueda de jeroglíficos y el mantenimiento de los Sabios habían causado verdaderos estragos en la región.

De entre todos aquellos que habían llegado desde tan lejos destacaba un hombre, de edad extrema y gran singularidad, llamado Abú Gabdolle Guehaman, el ermitaño del Gran Desierto de Arena. Sus dos metros y medio de altura eran tantos y estaban tan mal repartidos que parecía un esqueleto, y su mera contemplación daba miedo. Sin embargo, aquella lúgubre y olvidada pieza de la mecánica humana poseía el espíritu más benevolente y religioso del Universo. Con voz de trueno proclamó el poder del Profeta, y dijo abiertamente que era una verdadera lástima que un príncipe que daba arroz a los pobres en tan ingente cantidad fuera un amante de los jeroglíficos. La gente se arremolinaba a su alrededor; los Imanes, Mullahs y Muecines no decían nada, pero admiraban sus palabras. Sus pies, aún cubiertos por la arena de su desierto nativo, eran besados libremente. Y aún más, los mismísimos granos de arena que impregnaban sus pies eran recogidos y atesorados en cajas de ámbar.

Un día proclamó la verdad y el horror de las ciencias malignas, con voz tan alta y resonante que incluso temblaban los grandes estandartes desplegados ante palacio. El terrible sonido penetró en el interior del harén. Las mujeres y los eunucos se desmayaban en el Salón de las Rejillas Doradas; los danzarines se quedaban inmóviles con un pie en el aire; los músicos dejaban caer sus instrumentos al suelo; y Ghulendi Begum se sentía morir de pánico mientras yacía recostada en el dosel.

Abú Taher Achmed parecía anonadado. Su conciencia le castigaba por cuantos actos idólatras había ejecutado, y durante breves instantes de arrepentimiento pensó que el Ángel Vengador había venido para convertirlo en piedra; y no sólo a él, sino también a todos aquellos que estaban a su servicio.

Tras permanecer algún tiempo rígido, con los brazos caídos, en la Galería de los Doseles, llamó a Shaban y le dijo:

—El sol no ha perdido su resplandor, el Nilo fluye apaciblemente por su cauce, ¿qué es, pues, ese grito sobrenatural que aún resuena en mi palacio?

—Señor —respondió el piadoso eunuco—, esa voz es la voz de la Verdad, y os es comunicada a través de la boca del venerable Abú

Gabdolle Guehaman, el ermitaño del Gran Desierto de Arena, el más ferviente, el más celoso servidor del Profeta, que durante nueve días ha viajado trescientas leguas para probar vuestra hospitalidad y mostraros los conocimientos de los que está inspirado. No desdeñéis las enseñanzas de un hombre que en sabiduría, piedad y estatura sobrepasa al más lúcido, al más devoto y al más gigantesco de los habitantes de la tierra. Toda su gente le escucha fascinada. El quehacer diario queda en suspenso. Los habitantes de su ciudad aguardan para escucharle, olvidando sus acostumbradas reuniones en los jardines públicos. Los contadores de historias se han quedado sin oyentes en las rotondas de las fuentes públicas. Ni tan siquiera el mismísimo Yussuf es tan admirado como él ni tiene su enorme visión del futuro.

Ante estas últimas palabras, al Emir le surgió un repentino deseo de consultar a Abú Gabdolle acerca de sus problemas familiares y, sobre todo, acerca de los grandes proyectos que tenía para el futuro de los hijos que aún no habían nacido. Se consideró afortunado de poder consultar a un profeta vivo, pues con anterioridad las únicas relaciones que había podido mantener con tales inspirados personajes habían sido a través de sus momias. Decidió, por tanto, traer a su presencia, o mejor, a su propio harén, a aquel extraordinario ser. ¿Acaso los Faraones no habían tratado con los nigromantes de su época, y no estaba predestinado él mismo a seguir, en cualquier circunstancia, el ejemplo de los Faraones? Así que ordenó alegremente a Shaban que le trajera al santo hombre.

Shaban, henchido de alegría, corrió a comunicar la invitación al ermitaño quien, sin embargo, no se mostró tan impresionado por tales requerimientos como por la gente que le rodeaba. Estos últimos llenaron el aire con sus vítores mientras Abú Gabdolle permanecía inmóvil, con las manos unidas y los ojos mirando al Cielo en un trance profético. De vez en cuando hurgaba las entrañas de las más profundas visiones y, después, permaneciendo largo tiempo en un éxtasis de santa contemplación, aulló con su voz de trueno:

—¡Que sea la voluntad de Alá! ¡Tan sólo soy su criatura! Estoy dispuesto a seguirte, eunuco. Mas deja que las puertas del palacio sean echadas abajo. Los sirvientes del Altísimo no tienen por qué inclinar sus cabezas ante nadie.

La muchedumbre no necesitó que se repitiera la orden. Todos ellos comenzaron a trabajar con tesón, y en un instante la puerta, una pieza de la más admirable ornamentación, fue totalmente destruida.

Al estruendo que se produjo mientras las puertas se rompían, le respondieron agudos gritos dentro del harén. Abú Taher Achmed comenzó a arrepentirse de su curiosidad. De cualquier manera, guiado por el orgullo, ordenó que los pasillos que conducían al harén permaneciesen abiertos al santo gigante, pues temía que los entusiastas seguidores del profeta pudieran llegar hasta los salones ocupados por las mujeres, donde se guardaban los tesoros principescos. Sin embargo, aquellos temores eran, con toda seguridad, infundados, pues el santo hombre había dejado atrás a sus devotos admiradores. Me han contado que cuando la gente se arrodillaba ante él para recibir sus bendiciones, les decía, con tono profundo y solemne:

—Retiraos, quedad en paz en vuestras moradas y estad seguros de que, pase lo que pase, Abú Gabdolle Guehaman está preparado para cualquier eventualidad.

Acto seguido, volviéndose ante el palacio, gritó:

—¡Oh, cúpulas de brillantes reflejos, recibidme y no permitáis que nada empañe vuestro esplendor!

Mientras tanto, todo quedó preparado en el harén. Los biombos habían sido cuidadosamente ordenados, las cortinas de las puertas se habían echado, así como los amplios tapices que colgaban ante los doseles de la galería que recorría el interior del edificio, ocultando de esta manera a las sultanas, a las princesas y a sus hijas.

Tan elaboradas preparaciones habían causado la excitación general; la curiosidad de todos llegó a su punto más elevado cuando el ermitaño, hollando con sus pies los restos de la destrozada puerta, penetró majestuoso en el Salón de las Rejillas Doradas. La fastuosidad y lujo de palacio no le robaron ni una mirada fugaz, sus ojos permanecían lúgubrementemente fijos en el pavimento que se extendía ante él. Penetró por fin en la gran galería destinada a las mujeres. Todas aquellas que no estaban acostumbradas a la visión de criaturas tan flacas, estiradas y gigantescas, lanzaron gritos penetrantes y solicitaron en voz alta que se trajeran licores y esencias para poder recuperarse de la aparición de semejante fantasma.

El ermitaño no manifestó el más mínimo interés por el tumulto que le rodeaba. Seguía avanzando con gravedad cuando apareció el Emir, quien, cogiéndole por la manga de la túnica, le llevó ceremoniosamente a los divanes de la galería que miraba sobre el Nilo. Se sirvieron con frecuencia bandejas llenas de dulces y licores ortodoxos pero, aunque Abú Gabdolle Guehaman parecía estar

muerto de hambre, rehusó tomar ninguno de estos refrigerios, afirmando que durante noventa años tan sólo se había alimentado del rocío del cielo y de los saltamontes del desierto. El Emir, que pensaba que aquella dieta tan conformista era la única que podía esperarse de un profeta, no insistió más, pero en cuanto pudo se concentró en los asuntos que atormentaban su corazón, y le manifestó cuánto dolor le causaba no tener un heredero masculino, a pesar de todas las oraciones ofrecidas a tal efecto y de las esperanzas que los Imanes le habían dado.

—Pero ahora —continuó— estoy convencido de que esta felicidad me llegará al fin. Los sabios y los médicos lo han predicho, y mis propias observaciones confirman sus pronósticos. No es, sin embargo, el propósito de consultarte los designios del futuro lo que me ha movido a traerte aquí. Mi intención es obtener tu consejo en cuanto a la educación que debo dar al hijo que estoy esperando, o mejor, a los dos hijos, pues, sin duda, en reconocimiento de mi alma, el Cielo concederá a la Sultana Ghulendi Begum una doble medida de fertilidad, teniendo en cuenta que ahora abulta el doble de lo que generalmente abulta una mujer en tales condiciones.

Sin decir una sola palabra, el ermitaño movió lúgubrementes la cabeza tres veces.

Mi padre, profundamente consternado, preguntó si su anticipada buena fortuna importunaba de alguna manera al santo hombre.

—¡Ay, príncipe ciego! —replicó el ermitaño lanzando una cavernosa mirada que parecía salida de la mismísima piedra—. ¿Por qué importunar al Cielo con oraciones temerarias? ¡Respetar sus mandatos! Él sabe mejor que cualquiera de nosotros lo más adecuado a nuestros destinos. Pobre de ti, y pobre de tu hijo, al que sin duda intentarás iniciar en los perversos caminos de tus propias creencias, en lugar de dejar que sea él mismo el que se someta humildemente a los de la Providencia. Si los grandes de este mundo pudieran darse cuenta de todas las desgracias que atraen sobre sí mismos, temblarían sin cesar rodeados de sus riquezas. Faraón reconoció esta verdad, pero fue demasiado tarde. Persiguió a los hijos de Moisés haciendo caso omiso de los mandatos divinos y encontró la muerte de los perversos. ¿De qué sirven las limosnas cuando el corazón está en desacuerdo? En lugar de preguntar al profeta por tu heredero, al que tú mismo conducirás a las sendas de la destrucción, aquellos que tienen la estima de tu corazón deberían rezar por la muerte de Ghulendi Begum; sí, la muerte es preferible a traer al mundo

presuntuosas criaturas, ¡a las que tu conducta arrojará al abismo! Una vez más te pido que te sometas. Si el ángel de Alá decide acabar en breve con los días de la Sultana, no recurras a tus magos para que eviten el soplo fatal: ¡déjala caer, déjala morir! No tiembles con desesperación, Emir; ¡no endurezcas tu corazón! ¡Te recuerdo una vez más la fatalidad de Faraón y las aguas que le engulleron!

—¡Pues haz que éstas te devuelvan la cordura! —gritó mi padre babeando de rabia y saltando de su asiento en socorro de la Sultana que, habiéndolo oído todo, desapareció tras unas cortinas—. ¡Recuerda que el Nilo fluye bajo estas ventanas y que tu odioso esqueleto muy bien puede ser arrojado al interior de sus aguas!

—Nada temo —gritó el gigantesco ermitaño—, el profeta de Alá no tiene miedo de nada, excepto de sí mismo —y se puso de puntillas, tocando con las manos los soportes de las cúpulas del aposento.

—¡Ja, ja! No temes nada —gritaron todas las mujeres y eunucos saltando de sus escondrijos como tigres—. Maldito asesino, has llevado a nuestra querida dama a las puertas de la muerte, ¡y aun así no temes nada! ¡Servirás de alimento a los monstruos del río!

Y gritando estas palabras se lanzaron sobre Abú Gabdolle Guehaman, cogiéndole y estrangulándole sin piedad, y lanzando luego su cuerpo a través de una negra cloaca, donde se perdió para siempre entre hierros y basuras.

El Emir, atónito ante un acto tan inesperado y atroz, se quedó con la mirada fija en las aguas; mas el cuerpo no retornó a la superficie; y Shaban, que aparecía ahora en escena, le hizo volver en sí con sus gritos. Por fin se dirigió hacia los causantes del crimen, pero éstos habían huido en todas direcciones, ocultándose tras los tapices de la galería, pegados los unos a los otros, abrumados por el pensamiento de lo que habían hecho.

Ghulendi, que había vuelto en sí a tiempo de contemplar la horrible escena, estaba dominada de nuevo por una angustia mortal. Sus convulsiones, sus gritos agónicos, hicieron que el Emir fuese a su lado. Tomó sus manos y las llenó de lágrimas. Ella abrió mucho los ojos y dijo:

—¡Oh, Alá, Alá! ¡Pon fin a una desdichada criatura que ha vivido demasiado y que ha sido la causante de tan terrible ultraje, y no sufras por lo que podría haber traído al mundo!

—Alto, alto —interrumpió el Emir, tomando sus manos antes de que ella se marchase—, tú no morirás, y mi hijo vivirá lo suficiente como para dar sepultura a ese esqueleto demente cuya mera contemplación

espanta. Deja que llame a mis Sabios ahora mismo. Permite que usen todas sus artes para conservar tu conciencia segura y alejar todo mal del fruto de tu cuerpo.

Los Sabios fueron debidamente convocados. Solicitaron que uno de los patios fuera puesto enteramente a su disposición, y allí comenzaron sus operaciones, encendiendo un fuego cuya luz penetraba en el interior de la galería. La Sultana se levantaba de su lecho, evitando todos los esfuerzos que se hacían por retenerla, y corría hacia la balconada que miraba sobre el Nilo. Pero abajo sólo había soledad y tristeza. Ni tan siquiera una simple barca surcaba la superficie del río. Podían distinguirse en la distancia tenues nubes de arena levantadas por el viento que se arremolinaba de cuando en cuando en el aire. Los rayos del sol poniente tintaban de rojo las aguas. El crepúsculo se había adueñado tímidamente del horizonte cuando un viento repentino y furioso rompió el enrejado exterior de la galería. La Sultana, con el corazón desbocado, intentaba retroceder al interior de la estancia, pero un poder irresistible hacía presa en ella, forzándola, en contra de su voluntad, a contemplar la lúgubre escena que se desarrollaba ante sus ojos. Reinaba por todos lados un gran silencio. La oscuridad se había adueñado imperceptiblemente del mundo. De repente, un rayo de luz azul desgarró las nubes en la dirección de las pirámides. La princesa pudo distinguir sus enormes siluetas recortándose contra el horizonte tan claramente como si fuera mediodía. El espectáculo tan repentinamente mostrado la hizo temblar de miedo. Varias veces trató de llamar a los esclavos, pero su voz se negaba a salir de su garganta. Intentó dar palmadas con sus manos, pero todo era en vano.

Mientras permanecía así, como en las garras de un sueño maligno, una voz llena de tristeza rasgó el silencio, pronunciando estas palabras:

—Mi último suspiro ha sido exhalado en las aguas del río; vanamente tus criados han intentado acallar la voz de la verdad; surge ahora de los abismos de la muerte. ¡Oh, madre infeliz! ¡Mira de dónde sale esa luz fatal! ¡Y tiembla!

Ghulendi Begum fue incapaz de oír más. Cayó de espaldas privada de sentido. Sus sirvientas, que se ocupan de ella con ansiedad, comenzaron a correr y a proferir agudos gritos. Aparecieron los Sabios, depositando en las manos de mi padre, terriblemente perturbado, el poderoso elixir que habían preparado. Apenas se habían depositado unas cuantas gotas en la garganta de la Sultana

cuando su consciencia, que parecía haber caído en las garras de Azrael, el Ángel de la Muerte, retornó para revivir su cuerpo. Sus ojos se abrieron de nuevo para ver, todavía iluminando las pirámides, el fatal resplandor de azulada luz que aún relucía en los cielos. Levantó los brazos y señalando con el dedo aquel horrible portento, sintió los dolores del parto, y en un paroxismo de inenarrable angustia, trajo al mundo a un hijo y a una hija: los dos desdichados seres que ves ante tus ojos.

El regocijo del Emir por el nacimiento de un varón fue terriblemente deslustrado por la muerte de mi madre ante sus ojos. A pesar de su enorme dolor, no perdió la cabeza y nos encomendó al cuidado de los Sabios. Las niñeras, que habían sido reunidas en gran número, no estaban de acuerdo con esta decisión; pero el anciano, profiriendo maldiciones, las hizo callar. Los aguamaniles llenos de símbolos cabalísticos en los que íbamos a ser sumergidos estaban convenientemente preparados; la mezcla de hierbas emitía un vapor que impregnaba todo el palacio. Shaban, con el estómago revuelto por el aroma de aquellas drogas desconocidas, tenía todos los problemas del mundo intentando reunir a los Imanes y a los doctores de la ley para que se opusieran a los ritos impíos que ya se estaban consumando. ¡Ojalá el Cielo le hubiese concedido el suficiente coraje para hacerlo! ¡Ay, cuán terrible ha sido para nosotros la influencia del pernicioso bautismo al que nos sometieron! Al poco, señor, fuimos sumergidos, juntos y sucesivamente, en una infernal sustancia que pretendidamente nos otorgaría mayor fuerza y sabiduría que al resto de los humanos, pero que tan sólo introdujo en nuestras venas el ardiente elixir de una exquisita y desmesurada sensibilidad, y el veneno de un deseo insaciable.

El sonido de unas varas de bronce golpeando contra la superficie metálica de los aguamaniles, los vapores deshilachados que surgían del centro de aquella ardiente mezcla de hierbas; todos aquellos ritos estaban destinados a invocar a los Yinns, y especialmente a aquellos que presidían las pirámides, para que fuésemos así dotados de milagrosos presentes. Después de aquello fuimos entregados a las niñeras, que difícilmente podían sostenernos en brazos, pues tal era nuestra fortaleza y vivacidad. Las buenas mujeres se deshacían en lágrimas cuando vieron cómo hervía nuestra joven sangre, intentando en vano enfriar aquella efervescencia y calmarnos limpiando de nuestros cuerpos la pegajosa sustancia de la que aún estábamos impregnados. Pero, ¡ay!, ¡el daño ya estaba hecho! Mas no sólo fue

aquello; como muchas veces ocurrió en los días que siguieron, deseábamos seguir las costumbres ordinarias de la niñez, pero mi padre, obsesionado por poseer a cualquier precio unos vástagos extraordinarios, nos estimulaba con ardientes drogas y la leche de muchachas negras.

De este modo llegamos a ser más inteligentes y briosos que los demás. A los siete años no admitíamos contradicción alguna. A la más mínima restricción, lanzábamos gritos de rabia y golpeábamos hasta hacer sangrar a aquellos que nos cuidaban. Shaban disfrutó en numerosas ocasiones de aquel tipo de cuidados; suspirando, sin embargo, en silencio, pues el Emir consideraba nuestra malignidad como simple demostración de un genio sólo igualado por Saurid y Charobé. ¡Ah, qué poco sospechaba nadie la causa real de nuestra precocidad! Aquellos que miran durante mucho rato la luz pronto caen en la ceguera. Mi padre aún no se había dado cuenta de que jamás éramos arrogantes ni soberbios el uno con el otro; que Kalilah, mi hermano, nunca estaba a gusto sino era en mis brazos; y que, en cuanto a mí, mi única felicidad era colmarle de cuidados.

Durante todo aquel tiempo se nos educó a los dos de la misma forma y en todas las materias posibles: siempre se ponía delante de nuestros ojos un único libro, y cada uno leía una página alternativamente. Aunque a mi hermano le fue asignado un curso de estudios largo e intensivo, yo insistí en hacerlo con él. Abú Taher Achmed, cuyo único deseo era agradar en todo a su hijo, dio instrucciones para que se me permitiese hacerlo con él, pues se daba cuenta de que su hijo sólo se esforzaba completamente cuando estaba a mi lado.

No sólo se nos enseñó la historia de las más remotas edades, sino también la geografía de lejanas tierras. Los Sabios jamás dejaron de adoctrinarnos en el ideal y obtuso código moral que, según ellos, se ocultaba dentro de aquellos símbolos jeroglíficos. Llenaron nuestros oídos con grandilocuentes palabras sobre la sabiduría y el conocimiento, sobre los riquísimos palacios de los Faraones, a los que algunas veces comparaban con hormigas y otras con elefantes. Hicieron que surgiera en nosotros una curiosidad ardiente por aquellas montañas de piedra labrada bajo las que yacían los reyes egipcios. Nos ordenaron que aprendiéramos de memoria el largo catálogo de arquitectos y albañiles que habían trabajado en su factura. Nos hicieron calcular la cualidad y cantidad de provisiones que eran requeridas por los trabajadores empleados, y cuántas hebras iban a cada trozo de seda con la que la Sultana Saurid había cubierto su

pirámide. Y junto con todas estas cosas sin importancia, los viejos y dotados maestros nos llenaron el cerebro de la despiadada gramática que utilizaba el lenguaje hablado antiguamente por los sacerdotes en sus laberintos subterráneos.

Los juegos infantiles de los que disfrutábamos en las horas de recreo no tenían el más mínimo interés a no ser que estuviéramos juntos. Las princesas, nuestras hermanas, deseaban nuestra muerte. Vanamente tejían los más espléndidos ropajes para mi hermano. Kalilah despreciaba todos sus regalos y sólo consentía en ocultar su querido cabello con las muselinas previamente rozadas en el pecho de su amada Zulkāī s. Algunas veces nos invitaban a visitarlas en los doce pabellones que mi padre, que al no esperar ya tal número de hijos, había puesto a su disposición, mientras construía otro de gran magnitud para mi hermano y para mí. Este último edificio, rematado por cinco cúpulas y situado en el centro de una frondosa alameda, era cada noche escenario de los más extraordinarios espectáculos de todo el harén. Mi padre llegaba escoltado por sus esclavos más hermosos, cada uno de los cuales llevaba en sus manos un candelabro con un cirio blanco. ¡Cuántas veces la aparición entre los árboles de aquellas luminosas velas hacía que nuestros corazones se llenasen de una anticipada tristeza! Cualquiera que perturbase nuestra soledad se hacía acreedor de un profundo rechazo. Ocultarnos entre el follaje y escuchar sus murmullos nos parecía mucho más agradable que el sonido de las flautas y las canciones de los músicos. Pero estas costumbres nuestras eran sumamente ofensivas para mi padre, que nos obligaba a volver a los atestados salones y nos forzaba a participar en el jolgorio general.

Cada año que pasaba, el Emir nos trataba con mayor severidad. No intentó separarnos por miedo a los efectos que causaría sobre su hijo, pero le llevaba con frecuencia a la compañía de mujeres de su edad, tratando de alejarle de nuestras lánguidas diversiones. El juego de las cañas, célebre entre los árabes, fue introducido en la corte del palacio. Kalilah derrochó enorme energía en aquel deporte, aunque con el único interés de acabar cuanto antes para volver así a mi lado. Reunidos los dos de nuevo, leíamos juntos, leíamos sobre los amores de Yussuf y Zlica o algún otro poema de amor; incluso, aprovechando nuestros momentos de libertad, vagábamos entre los corredores laberínticos que se asomaban al Nilo, siempre cogidos de la mano, siempre mirándonos a los ojos. Era prácticamente imposible seguirnos

la pista a través de los retorcidos pasillos del palacio; y la ansiedad que experimentábamos no hacía más que aumentar nuestra felicidad. Una tarde que estábamos solos correteando alegremente, mi padre se presentó temblando ante nosotros.

—¿Por qué —le dijo a Kalilah— estás aquí y no en el gran patio disparando con el arco, o con los palafreneros, montando los caballos que te han de llevar a la guerra? ¿Es que el sol, desde que sale hasta que se pone, tiene que verte florecer y marchitarte como la delicada flor del narciso? En vano intentan los Sabios interesarte en los discursos más elocuentes y desvelar ante tus ojos los misterios arrancados a la más vieja antigüedad; en vano te enseñan las artes de la guerra y las grandes hazañas. Ya casi tienes trece años y nunca has evidenciado la más mínima ambición de destacar entre tus semejantes. No es en las garras de la afeminación donde se forjan los grandes espíritus; ¡no es leyendo poemas de amor donde los hombres se hacen acreedores del gobierno de las naciones! Los príncipes deben actuar, deben mostrarse al mundo. ¡Despierta! No abuses más de mi paciencia, que te ha permitido malgastar tus horas al lado de Zulkāi s. Déjala, abandona a esa criatura delicada, que siga jugando con sus flores; pero tú debes olvidarte de estar con ella desde el orto hasta el ocaso. Veo lo suficiente como para darme cuenta de que es ella la que te está pervirtiendo.

Y tras pronunciar estas palabras, acentuadas por la rabia y los malos modales, Abú Taher Achmed cogió a mi hermano por el brazo y me dejó en un abismo de amargura. Un sopor gélido hizo presa en mí. Aunque el sol aún tintaba con sus brillantes rayos el agua, sentí como si hubiese desaparecido tras el horizonte. Tendida sobre el suelo cuan larga era, no hacía otra cosa que besar el rocío de las flores de los naranjos a los que Kalilah se había subido. Mi mirada se posó en los dibujos que había trazado, y mis lágrimas comenzaron a manar con mayor abundancia.

—¡Ay! —dije—. Todo ha terminado. Nuestros momentos de dicha no volverán nunca más. ¿Por qué me acusa de pervertir a Kalilah? ¿Qué daño he podido hacerle? ¿Cómo puede nuestra felicidad ofender a mi padre? Si es un crimen ser feliz, con toda seguridad los Sabios nos lo hubieran advertido.

Mi niñera, Shamelah, me encontró en este estado de abatimiento y melancolía. Para disipar mi amargura me condujo enseguida al jardín donde las niñas del harén jugaban al escondite entre las jaulas doradas que llenaban el lugar. Obtuve cierto consuelo del canto de los

pájaros y del murmullo de las aguas cristalinas que corrían entre las raíces de los árboles, pero cuando transcurrió una hora y Kalilah no había vuelto a aparecer, aquellos sonidos no hicieron más que aumentar mis sufrimientos.

Shamelah se dio cuenta de lo que pasaba; se sentó a mi lado, puso su mano sobre mi corazón y me observó atentamente. Me ruboricé y luego empalidecí visiblemente.

—Lo veo muy claro —dijo—, es la ausencia de tu hermano lo que tanto te entristece. Éste es el fruto de la extraña educación a la que os han sometido. La lectura sagrada del Corán, la observancia de las leyes del Profeta, confianza en los milagros de Alá: estas cosas actúan como la leche enfriando la fiebre de las pasiones humanas. Tú no conoces la suave delicia de entregar tu alma a los Cielos y someterte sin reparos a sus designios. El Emir, ¡ay!, pretende anticiparse al futuro; mientras que, por el contrario, el fruto debe ser esperado con pasividad. Seca tus lágrimas; a lo mejor Kalilah no es infeliz lejos de tu lado.

—¡Ah! —grité, interrumpiéndola con una siniestra mirada—, si realmente no estuviera convencida de que Kalilah es infeliz, me sentiría muchísimo más miserable.

Shamelah se estremeció al oírme hablar de esta manera.

—Ojalá —gritó— el Cielo hubiera escuchado mi aviso, y el aviso de Shaban, y os hubiera mantenido alejados de las caprichosas enseñanzas de los Sabios, permitiéndoos quedar, como verdaderos creyentes, en el pacífico regazo de una bienaventurada y tranquila ignorancia. El ardor de vuestros sentimientos me alarma en grado sumo. Y no sólo eso, me produce indignación. Sé más paciente; abandona tu alma a los placeres inocentes que te rodean, y actúa sin remordimiento, esté o no esté Kalilah complacido. Su sexo ha sido creado para el trabajo y la fatiga humanas. ¿Cómo puedes siquiera pensar en imitarle, portar un arco y arrojar flechas en el juego árabe? Él debe estar en compañía masculina digna de su rango, y no malgastar sus mejores días a tu lado, entre bosquecillos y pajareras.

Este sermón, lejos de producir el efecto deseado, hizo que me cerrara aún más en mí misma. Temblé de rabia, me puse de pie con violencia, rompiendo mi velo en diez mil pedazos, y, con el corazón desgarrado, grité en voz alta que mi niñera me había maltratado.

Los juegos cesaron; todos acudieron a mi alrededor. Aunque las princesas no me querían demasiado, pues yo era la hermana favorita de Kalilah, las lágrimas y la sangre que caía de las heridas que yo

misma me había causado, excitó su indignación contra Shamelah. Desafortunadamente para la pobre mujer, acababa de castigar severamente a dos jóvenes esclavos que habían sido acusados de robar granadas, y aquellas dos pequeñas víboras, para vengarse, testificaron en contra suya, confirmando todo lo que yo decía. Corrieron a contarle todas sus mentiras a mi padre, quien, no estando Shaban a su lado y encontrándose de buen humor, pues mi hermano acababa de arrojar una jabalina en el ojo de un cocodrilo, ordenó que Shamelah fuera atada a un árbol y que se la azotase sin piedad.

Sus lamentos herían mi corazón. Sin cesar gritaba:

—¡Oh, tú, a la que he llevado en mis brazos, a la que he alimentado de mi pecho! ¿Cómo puedes hacer que sufra así? ¡Hazme justicia! ¡Di la verdad! Tan sólo porque he intentado salvarte del negro abismo, al que tus deseos salvajes y desordenados te abocarán al fin... por eso permites que este cuerpo mío sea hecho jirones.

Estaba a punto de decir que dejaran de darle latigazos y que no fuera castigada más, cuando algún demonio introdujo en mi mente la idea de que era ella, en conjura con Shaban, quien había inculcado en mi padre el deseo de que Kalilah fuera un héroe. Al mismo tiempo me protegí contra cualquier sentimiento de humanidad y grité que siguieran azotándola hasta que confesara su crimen. La oscuridad, por fin, puso término a tan horrorosa escena. La víctima fue desatada. Sus amigos, y ella tenía muchos, se esforzaron para cerrar sus heridas. De rodillas me rogaron que les diera un bálsamo que yo poseía, un bálsamo fabricado por los Sabios. Me negué. Colocaron a Shamelah sobre una litera delante de mis ojos y por unos momentos permaneció frente a mí. Aquel pecho, en el que tantas veces había dormido, sangraba en abundancia. Aquella escena me hizo recordar los cariñosos cuidados con los que me había tratado siempre en mi infancia, y mi corazón se conmovió finalmente, llenándose mis ojos de lágrimas; besé la mano temblorosa que extendía al ser monstruoso que ella había acunado en su regazo; corrí en busca del bálsamo; se lo apliqué yo misma, rogándole a la vez que me perdonara, y declarando abiertamente que ella era inocente y yo la única culpable.

Esta confesión hizo que un escalofrío recorriese a todos aquellos que me rodeaban. Llenos de espanto, retrocedieron. Shamelah, aunque moribunda, se dio cuenta y sofocó sus gemidos con un pedazo de su propia túnica, intentando no incrementar con ellos mi desesperación y las funestas consecuencias de lo que acababa de hacer. Pero sus

esfuerzos fueron inútiles. Todos se alejaron, lanzándome miradas de verdadero odio.

Se llevaron la litera y me quedé totalmente sola. La noche era muy oscura. Sonidos furtivos parecían emanar de los cipreses que arrojaban sus sombras sobre los jardines. Aterrorizada, me perdí entre el negro follaje, presa del más horrible arrepentimiento. El delirio extendió sus manos sobre mí. La tierra parecía abrirse a mis pies, engulléndome en un abismo sin fondo. Mi espíritu se hallaba en una espantosa condición cuando, a través de la maleza, atisbé el brillo de las antorchas que portaban los súbditos de mi padre. Me di cuenta de que el cortejo se paraba de repente. Alguien salió del grupo. Un vivo presentimiento hizo que mi corazón latiese con renovada fuerza. Los pasos se acercaron; y, a la luz débil y tenebrosa de un resplandor, como el que ilumina el sitio donde ahora nos encontramos, vi aparecer a Kalilah delante de mí.

—Querida Zulkāi s —gritó entre palabras y besos—, he pasado una eternidad sin verte para satisfacer los deseos de mi padre. He luchado con una de las más formidables bestias del río. Pero ¿qué podía hacer si como recompensa me ofrecían la dulzura de pasar una noche entera contigo? ¡Ven! Disfrutemos con plenitud el tiempo que nos queda. Ocultémonos entre los árboles. Escuchemos desde nuestro escondrijo el lejano clamor de músicas y danzas. He ordenado que nos sirvan helados y pasteles en la balaustrada que rodea la pequeña fuente de porfirio. Allí disfrutaré de tu dulce mirar y de tu cálida conversación hasta que despunten los primeros resplandores del nuevo día. Entonces, ¡ay!, tendré que volver al vórtice del mundo, disparar las malditas flechas y soportar el interrogatorio de los Sabios. Kalilah dijo todo esto con tanta naturalidad que yo era incapaz de ponerlo en palabras. Me llevó tras él, sin resistencia. Nos abrimos paso entre la maleza hasta llegar a la fuente. El recuerdo de lo que Shamelah había dicho acerca de mi excesiva atracción hacia mi hermano, me producía, aun a mi pesar, una fuerte impresión. Estaba a punto de separar mi mano de la suya cuando, al tenue resplandor de unas lucecitas que ardían en los bordes de la fuente, vi su hermosa cara reflejándose en las aguas, y sus grandes ojos rebosantes de amor, y sentí que su mirada llegaba hasta lo más hondo de mi corazón. Todos mis proyectos de reforma, toda la agonía del remordimiento, dejaron paso a otros sentimientos totalmente diferentes. Me tumbé en el suelo al lado de Kalilah, dejando que apoyara su cabeza en mi pecho, y permití que las lágrimas brotaran de

mis ojos. Kalilah, al ver mis lamentos y sollozos, me preguntó preocupado por el motivo de mi llanto. Le conté todo lo que había pasado entre Shamelah y yo, sin omitir una sola palabra. Su corazón se conmovió al principio con la descripción que hice de sus sufrimientos; pero, un momento después, exclamó:

—¡Deja que los esclavos mueran! ¡Siempre los deseos de los corazones sensibles tienen que encontrar oposición! ¿Por qué no podemos amarnos el uno al otro, Zulkāĩ s? La naturaleza ha hecho que nazcamos juntos. ¿Acaso no ha sido la naturaleza también la que nos ha otorgado los mismos gustos y un ardor semejante? ¿No fue mi padre y sus Sabios los que nos hicieron partícipes de los mismos baños mágicos? ¿Quién puede condenar una unión bendecida por él mismo? No, Zulkāĩ s, Shaban y nuestra supersticiosa niñera pueden decir lo que quieran. No es un crimen nuestro amor. El crimen sería que nosotros permitiéramos cobardemente que alguien nos separara. Juremos —no por el profeta, del cual sabemos poco, sino por los sentimientos que sustentan la vida humana—, juremos que, antes de consentir vivir el uno sin el otro, introduciremos en nuestras venas la esencia de las flores del arroyo, de las que los Sabios se han jactado tantas veces. Este elixir hará que nos adormilemos el uno en brazos del otro, y llevará sigilosamente nuestras almas a la paz de otra existencia.

Aquellas palabras me tranquilizaron. Recuperé mi normal estado de ánimo y jugamos los dos juntos.

—Seré muy valiente mañana —dijo Kalilah—, para poder disfrutar así de momentos como éste, pues es sólo por la recompensa por lo que consiento en obedecer los fantásticos mandatos de mi padre.

—¡Ja,ja! —se mofó Abú Taher Achmed, que apareció entre los arbustos tras los que había estado escuchando—. ¡Eso es lo que has decidido! ¡Veremos si eres capaz de cumplirlo! Ya se te ha terminado por esta noche la recompensa de tus acciones del día. ¡Fuera de aquí! Y en cuanto a ti, Zulkāĩ s, vete y llora por el terrible ultraje que has cometido con Shamelah.

Tremendamente consternados, nos arrojamos a sus pies; pero, dándonos la espalda, ordenó a sus eunucos que nos llevaran a nuestras habitaciones separadas.

No eran escrúpulos hacia la clase y cualidad de nuestro amor lo que trastornaba al Emir. Su único objetivo era ver a su hijo convertido en un gran guerrero y en un príncipe poderoso, y para conseguir este fin último no descuidaba ni un ápice. En cuanto a mí, tan sólo era un

instrumento que podía ser utilizado; no le preocupaba lo más mínimo el peligro de que, a causa de la sucesión de obstáculos y concesiones en nuestra relación, ésta llegase a ser todavía más ardiente. Por otra parte, asumía que la indolencia y el placer, si no eran cortados a tiempo, interferían necesariamente sus proyectos. Consideraba obligatorio, de cualquier forma, adoptar con nosotros una línea de conducta más decidida y dura de lo que había sido hasta entonces; y en un momento desdichado llevó a cabo sus propósitos. ¡Ay! Sin sus precauciones, sin sus proyectos, sin su intransigente vigilancia, hubiésemos permanecido en la inocencia, ¡y jamás habríamos sido arrastrados a esta región de sufrimiento!

El Emir, una vez se hubo retirado a sus aposentos, mandó comparecer a Shaban y le comunicó su irrevocable decisión de separarnos por un tiempo. El prudente eunuco se arrodilló ante él de inmediato, con la cara pegada al suelo, y poniéndose de nuevo en pie, dijo:

—Perdone el señor a su esclavo si se atreve a tener una opinión diferente. No desatéis sobre esta llama naciente los vientos de la oposición y la ausencia, o se inflamará de tan espantosa forma que no podréis contenerla ni comprenderla. Conocéis el impetuoso carácter del Príncipe; su hermana ha dado hoy pruebas, sólo pequeños indicios, de parecido talante. Dejad que permanezcan juntos sin oposición; permitid sus diversiones infantiles. Pronto se cansarán el uno del otro, y Kalilah, hastiado de la monotonía del harén, os suplicará que le saquéis de sus recintos.

—¿No te das cuentas de las tonterías que estás diciendo? —le interrumpió el Emir impaciente—. ¡Ah, cuán poco conoces el genio de Kalilah! Yo le he estudiado con atención, he visto que los manejos de mis Sabios no han caído en el vacío. Él es incapaz de perseguir cualquier propósito con indiferencia. Si permito que siga con Zulkāis, se afeminará definitivamente. Si le separo de ella y hago de sus encuentros el premio a la realización de las grandes hazañas que yo le ordene, entonces no existirá nada que Kalilah no sea capaz de llevar a cabo. ¡Que los maestros de nuestra ley se encarguen de enseñarle como les plazca! ¿Qué puede importar su haraganería si al final se convierte en lo que yo quiero? Date cuenta, además, oh eunuco, que cuando paladee por primera vez las delicias de la ambición, la imagen de Zulkāis se borrarán de su mente como se evapora la neblina de la mañana con los primeros rayos del sol... el sol de la gloria. Así que mañana entrarás en los aposentos de Zulkāis, y antes de que despierte la envolverás con estas ropas y la conducirás, con sus

esclavos y todo lo necesario para que lleve una existencia placentera, a las orillas del Nilo, donde una barca estará lista para recibirte. Sigue el curso del río durante veintinueve días. Al caer el treintavo día desembarcarás en la Isla de las Avestruces. Acomoda a la princesa en el palacio que construí para el uso de los sabios que rondan aquellos parajes desérticos... parajes repletos de ruinas y sabiduría. Encontrarás allí a uno de esos sabios, el llamado Escalador-de-Palmeras, pues busca su concentración encaramado a lo alto de tales árboles. Este anciano conoce un número infinito de historias, y su obligación será la de divertir a Zulkāī s, pues sé muy bien que, después de Kalilah, los cuentos son su principal motivo de deleite.

Shaban conocía demasiado bien a su señor como para atreverse a contradecirle. Así pues, marchó a dar las órdenes oportunas, pero su mirada era pesadosa. No tenía el más mínimo deseo de emprender un viaje a la Isla de las Avestruces, y se había formado una muy desfavorable impresión del Escalador-de-Palmeras. Ante todo era un ferviente musulmán y consideraba a los Sabios y sus quehaceres como cosas abominables.

Los preparativos fueron llevados a cabo con rapidez. La agitación del día anterior había conseguido fatigarme en extremo, así que dormí profundamente. Fui sacada de la cama con tanto sigilo y transportada con tanta suavidad que no desperté hasta hallarnos a una distancia de cuatro leguas de El Cairo. En esos momentos el murmullo que el agua producía alrededor del bote comenzó a preocuparme. Se introducía en mis oídos produciendo extraños efectos, y medio soñé que había ingerido la pócima de la que me hablara Kalilah, y que era transportada más allá de los confines de nuestro planeta. En tal estado yacía, acosada por extrañas fantasías, incapaz de abrir los ojos pero alargando los brazos en un intento de sentir el cuerpo de Kalilah. Creía que estaba a mi lado. Imaginad los sentimientos de sorpresa y horror que me embargaron cuando, en lugar de tocar sus delicados miembros, así la callosa mano del eunuco que estaba conduciendo la embarcación, un ser aún más viejo y grotesco que el propio Shaban.

Me senté y comencé a gritar. Abrí los ojos y contemplé una vasta extensión de cielo y agua con destellos azulados. El sol brillaba en su máximo resplandor. El profundo azul del horizonte invitaba al regocijo. Un centenar de aves ribereñas volaban sobre la superficie del río repleta de lilas de agua que el bote hendía con limpieza, y sus grandes flores amarillas brillaban como el oro mientras exudaban un dulce perfume. Pero todas estas delicias ya no tenían ningún sentido para

mí, y en vez de alegrar mi corazón me llenaban de una triste melancolía.

Mirando a mi alrededor, vi que mis esclavos estaban sumidos en un estado de desolación, y a Shaban, que con aire descontento y autoritario les obligaba a guardar silencio. El nombre de Kalilah estaba en todo momento en la punta de mi lengua. Por fin lo pronuncié en alto, con lágrimas en los ojos, y pregunté dónde se hallaba y qué querían hacer conmigo. Shaban, en lugar de contestarme, ordenó a los eunucos que redoblaran sus esfuerzos y entonaran una canción egipcia, y que la acompasaran a la cadencia del movimiento de los remos. El odioso coro sonó tan potente que aturdía aún más mi cerebro. Nos deslizamos por el agua como una flecha. Todas mis súplicas a los remeros para que se detuviesen fueron vanas, y tampoco quisieron decirme a dónde me llevaban. Aquellos bárbaros desgraciados se mantuvieron sordos a mis ruegos. Cuanto más les insistía, más alto desgranaban su detestable canción para acallar mis gritos. Shaban, con su voz desgarrada, cantaba más alto que los demás.

Nadie es capaz de expresar los sufrimientos que soporté y el horror que sentí al hallarme tan lejos de Kalilah, sobre las aguas del temible Nilo. Mis temores aumentaron cuando cayó la noche. Contemplé con indescriptible angustia cómo se hundía el sol bajo las aguas... su luz, quebrada en un millar de rayos, temblaba sobre la superficie. Volvieron a mi mente los tranquilos momentos que había pasado con Kalilah en aquellas mismas horas, y, ocultando la cabeza entre mis vestiduras, me dejé caer en la desesperación.

Pronto comenzó a hacerse audible un suave roce. Nuestro bote se abría paso a través de bancos de cañas. Un gran silencio siguió a la canción de los remeros; Shaban había tomado tierra. Al poco tiempo regresó y me llevó a una tienda levantada a unos pocos pasos de la orilla del río. Vi luces, colchones extendidos en el suelo, una mesa con distintas clases de comida y una inmensa copia del Corán abierta de par en par. Odiaba aquel sagrado libro. Los Sabios, nuestros maestros, lo ridiculizaban con frecuencia, y yo jamás lo había leído con Kalilah. Así que lo arrojé sin contemplaciones al suelo. Shaban lo recogió y se dispuso a reprenderme; pero yo huí de él, consiguiendo que se callase. En esto sí tuve éxito, y la misma actitud demostró su eficacia durante toda la larga travesía.

Nuestras experiencias siguientes fueron similares a las del primer día. Navegamos entre infinitos bancos de lilas de agua y bandadas de

pájaros, y un número incontable de pequeños navíos que iban y venían cargados de mercancías.

Por fin comenzamos a dejar atrás las regiones llanas. Como las personas desdichadas que se niegan a mirar hacia atrás, yo siempre mantenía los ojos fijos en el horizonte que se abría delante, y una tarde distinguí, elevándose en la lejanía, grandes formaciones de mayor tamaño e infinita más variedad que las pirámides. Aquellas elevaciones parecían montañas. Su aspecto me atemorizaba. Me embargó el terrible pensamiento de que mi padre me enviaba a la tenebrosa tierra del Rey Negro, como ofrenda en sacrificio a los ídolos que, aseguraban los Sabios, estaban ansiosos de princesas. Shaban se dio cuenta de mi creciente inquietud y al fin se apiadó de mí. Me reveló nuestro destino, añadiendo que, aunque mi padre deseaba separarme de Kalilah, no era para siempre, y que, mientras tanto, iba a contar con la compañía de un maravilloso personaje llamado Escalador-de-Palmeras, que era el mejor narrador de historias del universo.

Esta confesión me tranquilizó un poco. La esperanza, aunque lejana, de ver de nuevo a Kalilah, untó mi alma de un bálsamo tranquilizador, y además no me importaba nada escuchar historias agradables. Además, la idea de una región desolada, como la Isla de las Avestruces, inflamaba mi espíritu romántico. Si debía ser separada de aquel a quien amaba más que a mi propia vida, prefería sobrellevar tal fatalidad en aquel escenario salvaje mejor que entre el griterío y la chanza del harén. Alejada de toda frivolidad impertinente, me proponía abandonar mi alma a los dulces recuerdos del pasado y dar rienda suelta a lánguidas fantasías en las que de nuevo vería la querida imagen de mi Kalilah.

Totalmente ensimismada en estos proyectos, contemplé con mirada distraída cómo nuestro bote se adentraba más y más en la tierra montañosa. Las rocas se cerraban sobre el borde del arroyo y parecía que pronto nos impedirían ver el cielo. Vi árboles de inconmensurable altura que introducían en las aguas sus retorcidas raíces. Escuché el bramido de las cataratas y contemplé los cambiantes remolinos de espuma que llenaban el aire de una niebla plateada. A través de aquella cortina atisbé, al fin, una isla verde de pequeño tamaño, perlada de avestruces que andaban con gravedad. Aún más lejos distinguí una edificación con cúpulas que se erguía sobre una colina repleta de nidos. Este palacio tenía un aspecto sumamente extraño y, en verdad, había sido construido bajo un canon cabalístico. Los muros

eran de mármol amarillo y brillaban como el metal pulido; cualquier objeto que se reflejara en ellos aparentaba proporciones gigantescas. Me estremecí al ver el aspecto fantástico que tenían las figuras de los avestruces al reflejarse en aquel extraño espejo; sus cuellos parecían perderse en las nubes y sus ojos brillaban como enormes bolas de hierro calentadas al rojo vivo en una fragua.

Shaban se dio cuenta de mis recelos y me explicó las magníficas cualidades de los muros del palacio, asegurándome que, aunque las aves fueran tan monstruosas como aparentaban, podría confiar con plena seguridad en su buena predisposición, ya que el Escalador-de-Palmeras había trabajado durante cien años en suavizar sus costumbres salvajes. Apenas acababa de decirme todo esto cuando tomamos tierra en un lugar donde la hierba era verde y fresca. Un millar de flores desconocidas, un millar de conchas con formas fantásticas, un millar de extraños caracolillos, adornaban los acantilados. El calor del sol era mitigado por el sempiterno rocío que destilaban unas cascadas, cuyo monótono rugir inclinaba a la ensoñación.

Sintiéndome adormilada, ordené que se levantara un parapeto junto a una de las palmeras que abundaban en el lugar, pues el Escalador-de-Palmeras, que siempre llevaba en su cinto las llaves del palacio, estaba en aquellos momentos meditando en la otra parte de la isla.

Mientras una suave somnolencia se iba apoderando de mis sentidos, Shaban corrió a presentar las cartas de mi padre al sabio hombre. Para poder hacerlo, tuvo que atar las misivas a la punta de un largo palo, ya que el Escalador estaba encaramado en lo alto de una palmera de cincuenta codos de altura y se negaba a bajar sin antes saber por qué era requerido. Así que tan pronto hubo leído las hojas del manuscrito, se las llevó respetuosamente a la frente y bajó del árbol como un meteoro; y en verdad, de alguna forma tenía la apariencia de un meteoro, pues sus ojos eran de fuego y su nariz tenía un bonito tinte rojo sangre.

Shaban, sorprendido por la rapidez con la que el anciano había bajado, indemne, del árbol, se sintió un tanto violento cuando éste le dijo que le llevase en hombros, pues el Escalador afirmaba que jamás condescendía a andar por la tierra. El eunuco, que no amaba a los Sabios ni sus caprichos, y que consideraba ambas cosas como la enfermedad de la familia del Emir, dudó unos momentos; pero recordando las órdenes que había recibido, superó su aversión y dejó

que el Escalador-de-Palmeras se instalara sobre sus hombros, diciendo:

—Ay, el buen ermitaño Abú Gabdolle Guehaman jamás habría actuado de esta manera, y en cualquier caso habría sido mucho más merecedor de mis cuidados.

El Escalador escuchó estas palabras con gran enojo, pues antaño había tenido piadosas discusiones con el ermitaño del Desierto Arenoso; así que dio una fuerte patada a la espalda de Shaban y emitió un fiero respingo en mitad de su semblante. Shaban se tambaleó, pero continuó su camino sin pronunciar ni una sílaba.

Yo estaba dormida todavía. Shaban se acercó a mi lecho y, arrojando su carga a mis pies, dijo, y había algo en su entonación que hizo que me despertase sin dificultad:

—¡Aquí está el Escalador! ¡Te hará mucho bien!

A la vista de tal cosa, fui completamente incapaz, a pesar de todos mis esfuerzos, de contener las carcajadas que surgían de mi boca. Con todo, el anciano mantuvo su compostura; hizo tintinear sus llaves con aire de importancia, y dijo con gravedad a Shaban:

—Llévame de nuevo en tu espalda. Vayamos a palacio y abriré sus puertas; puertas tras las que jamás antes se ha admitido a ningún miembro del sexo femenino, excepto mi gran ponedora de huevos, la reina de las avestruces.

Le seguí. Era tarde. Las grandes aves bajaban de las colinas y nos rodeaban formando grupos, picoteando la hierba y los árboles. El ruido que producían con sus picos era tal que me parecía escuchar el sonido de los pasos de un gran ejército en marcha. Por fin me di cuenta de que estaba dentro de las relucientes murallas del palacio. Aunque conocía sus propiedades, mi propio reflejo distorsionado me aterrorizó, así como la figura del escalador encima de los hombros de Shaban.

Entramos en un recinto abovedado construido en mármol negro y adornado con estrellas doradas que inspiraba una cierta sensación de miedo... una sensación a la que, sin embargo, las muecas grotescas y raras que hacía el anciano aportaban un cierto alivio. El aire era sofocante y me hacía sentir náuseas. El Escalador, que se había dado cuenta, mandó encender un gran fuego, arrojando dentro una pequeña bola aromatizada que había sacado de su pecho. Inmediatamente un vapor placentero se diseminó por toda la estancia con un penetrante perfume. El eunuco huyó, estornudando. Yo me acerqué aún más al

fuego y, removiendo las cenizas, comencé a dibujar la marca de Kalilah.

El Escalador no interfirió. Estaba de acuerdo con la educación que habíamos recibido y con las inmersiones a las que nos habían sometido nada más nacer, y además pensaba maliciosamente que nada agudiza más los sentidos que una pasión fuera de toda lógica.

—Veo con claridad —decía— que estás inmersa en pensamientos de interesante naturaleza, y me complace mucho que así sea. Yo mismo tengo cinco hermanas; fuimos educados a la luz de las enseñanzas mahometanas, y nos amábamos los unos a los otros con el mismo ardor. Todavía hoy, después de un lapso de tiempo de cien años, recuerdo aquellos momentos con placer, pues raramente olvidamos las más tempranas impresiones. De tal forma, mi constancia me ha encomendado a los Yinns, de los cuales soy su favorito. Si, al igual que yo, eres capaz de conservar vivos tus sentimientos, probablemente sacarás algún beneficio de ello. Entre tanto, cuéntame tus secretos. No seré antipático ni descortés como un guardián o preceptor. No creas que dependo de los caprichos de tu padre, cuya perspectiva es limitada y prefiere la ambición al poder. Soy más feliz rodeado de palmeras y avestruces, disfrutando de los encantos de la meditación, de lo que él lo es sentado en su trono con toda su grandeza. No quiero decir que no puedas adquirir por ti misma los placeres de la vida. Eres muy agradable para mí, y te enseñaré lo mejor que pueda y te haré partícipe de las cosas bellas. Si encuentras la felicidad en este desolado lugar adquirirás enorme sabiduría, y sé por propia experiencia que bajo el barniz que cubre las cosas es posible encontrar verdaderos tesoros ocultos. En sus cartas tu padre me ha relatado toda tu historia. Mientras la gente piensa que haces caso de mis instrucciones, puedes hablarme de Kalilah todo lo que quieras; de ninguna manera me ofenderé. Al contrario, nada me daría más placer que observar cómo el corazón se abandona a sus jóvenes inclinaciones, y seré dichoso al ver los brillantes rubores de un primer amor asomándose en tus jóvenes mejillas.

Mientras escuchaba aquel extraño discurso mantuve la mirada fija en el suelo, pero el pájaro de la esperanza revoloteó en mi corazón. Por fin miré al Sabio y a su enorme nariz roja, que parecía brillar como un punto luminoso en aquella habitación recubierta de mármol negro, y lo encontré menos desagradable. La sonrisa que acompañó mi mirada fue tan significativa que el Escalador se dio cuenta de que yo había

picado su cebo. Esto le complació tanto que olvidó su indolencia y corrió a preparar un refrigerio, del cual yo estaba muy necesitada.

Poco después de marcharse el Sabio entró Shaban, llevando en sus manos una carta con el sello de mi padre, la cual acababa de abrir.

—Aquí —dijo— están las instrucciones que sólo se debían leer al llegar a este lugar; y yo ya lo he hecho cuidadosamente. ¡Ay! ¡Qué terrible es ser esclavo de un príncipe que tiene tan mala cabeza a causa de sus muchos estudios! ¡Princesa infeliz! Se me ha ordenado, aun contra mi voluntad, que te abandone aquí. Debo volver a embarcar con todos los que han venido conmigo, dejando tan sólo a tu servicio al lisiado Muzaka, que es sordomudo. Ese horrible Escalador será tu único acompañante. Sólo el Cielo sabe qué provecho sacarás de tal compañía. El Emir le considera un prodigio de entendimiento y sabiduría, pero un musulmán creyente podría hacerle albergar serias dudas.

Mientras Shaban pronunciaba estas palabras se llevó la carta a la frente tres veces, y acto seguido, saltando hacia atrás, desapareció de mi vista.

Los llantos horribles que emitía el eunuco mientras se marchaba me divertieron sobremanera. Realmente no me importaba lo más mínimo que se fuera. Su presencia me resultaba odiosa, pues siempre había esquivado cualquier conversación sobre el único asunto que llenaba mi corazón. Por otra parte, estaba encantada con la elección de Muzaka como ayudante. Con un esclavo sordo y mudo, podría disfrutar de plena libertad, confiando mis secretos al obligado anciano según sus consejos, si realmente los quisiera seguir.

Todos mis pensamientos se tornaban de un matiz rosado cuando regresó el Escalador, oculto tras una montaña de alfombras y cojines de seda que colocó sobre el suelo; después, con aires de placer contenido, procedió a encender antorchas y a calentar pasteles en braseros de oro. Había obtenido todos estos riquísimos objetos del tesoro de palacio que, según me dijo, sería incluso capaz de excitar mi curiosidad. Le aseguré que estaba dispuesta a aceptar su palabra en aquel momento en particular, pues el aroma de las excelentes viandas que le acompañaban estimulaba mi apetito. Esta viandas consistían principalmente en lonchas de carne de ciervo con especias, huevos cocinados de distintas maneras, y pasteles más exquisitos y delicados que los pétalos de la rosa blanca. Y, acompañándolo todo, un licor rojizo, extraído del zumo de los dátiles y servido en extrañas conchas translúcidas, tan brillantes como los mismos ojos del Escalador.

Nos sentamos juntos a comer en gran armonía. Mi fantástico guardián alabó repetidamente las cualidades de su vino e hizo bastante uso de él, sorprendiendo profundamente a Muzaka que, acurrucado en una esquina, hacía indescifrables gestos que el mármol se encargaba de reflejar por todos sitios. El fuego ardía alegremente, lanzando llamaradas que al extinguirse destilaban un perfume exquisito. Las antorchas proporcionaban una luz brillante, los braseros centelleaban con ardor y la suave calidez que reinaba en aquella estancia invitaba a una voluptuosa indolencia.

La situación en la que me encontraba era tan singular, la prisión en la que estaba confinada tan diferente de lo que había imaginado, y los modales de mi mentor tan grotescos, que de vez en cuando me frotaba los ojos para convencerme de que todo aquello no era un sueño. Incluso habría llegado a divertirme todo esto que me rodeaba si el recuerdo de estar tan lejos de Kalilah me hubiese abandonado por unos momentos. El Escalador, para distraer mis pensamientos, comenzó a contarme la maravillosa historia del Gigante Gebri y el astuto Charodé, pero le interrumpí preguntándole si estaba dispuesto a escuchar mis propias inquietudes y prometiendo que, después, prestaría atención a sus cuentos. ¡Ay! Jamás cumplí aquella promesa. De vez en cuando, sin ningún resultado, intentaba excitar mi curiosidad: lo único que me interesaba era Kalilah, y no hacía otra cosa que repetir: «¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Cuándo volveré a verle?»

El anciano, viendo cuán fuerte era mi pasión, y con la necesaria predisposición para desafiar todo remordimiento, se convenció de que yo era la persona ideal para llevar a cabo sus nefastos propósitos, pues, como mis oyentes ya se habrán dado cuenta sin lugar a dudas, él era un sirviente del monarca que reina en este lugar de tormento. En la perversidad de su alma, y en la fatal ceguera que hace al hombre desear descubrir la entrada a esta región, él había jurado encontrar veinte infelices para servir a Eblis, y mi hermano y yo misma éramos justamente los que estaba buscando para completar ese número. Lejos estaba, por lo tanto, de intentar mitigar los sufrimientos que embargaban mi corazón; y, aunque a veces parecía ansioso de contarme historias para sofocar la llama que me consumía, en verdad su cabeza estaba llena de otros pensamientos completamente diferentes.

Pasé gran parte de aquella noche confesando mis criminales inclinaciones. Al amanecer me rendí al sueño. El escalador hizo lo

mismo, a poca distancia de mí, habiendo depositado antes en mi frente, sin ninguna ceremonia, un beso que me abrasó como un hierro al rojo vivo. Mis sueños fueron de lo más triste. Sólo dejaron en mi mente confusas sensaciones, pero aún puedo recordar que contenían ciertos avisos del Cielo, como queriendo abrir ante mí una puerta de escape y seguridad.

Tan pronto como el sol se levantó, el Escalador me llevó a los bosques, hablándome de sus avestruces y haciéndome demostraciones de su agilidad sobrenatural. No sólo trepó a la inestable punta de las más altas y delgadas palmeras, doblándolas bajo sus pies como las espigas del maíz, sino que saltó como una flecha de un árbol a otro. Después de exhibirse en varias de tales demostraciones gimnásticas, tomó asiento en una rama, diciéndome que debía disculparle en el curso de sus diarias meditaciones y aconsejándome que fuera con Muzaka y me bañara en la orilla del arroyo, al otro lado de la colina.

El calor era insoportable. Las límpidas aguas me parecieron frescas y deliciosas. Se habían excavado unas pozas, enlosadas de mármoles preciosos, en el centro de un pequeño prado sobre el que unas grandes rocas arrojaban sus sombras. Pálidos narcisos y gladiolos crecían en las márgenes y, doblándose sobre las aguas, ondeaban por encima de mi cabeza. Amaba aquellas flores lánguidas que parecían el emblema de mis fortunas, y durante varias horas aspiré su perfume para intoxicar mi alma.

Cuando volví al palacio, descubrí que el Escalador había hecho grandes preparativos para divertirme. La tarde transcurrió como la del día anterior; y así, un día tras otro, con la misma monotonía, pasaron cuatro meses. No puedo decir que el tiempo que pasé allí fuera desdichado. La romántica soledad, las pacientes atenciones del viejo y la complacencia con la que escuchaba todas las tontas repeticiones de mis amores, tenían el efecto de mitigar mi tormento. Quizá hubiese sido capaz de pasar años enteros simplemente alimentando aquellos dulces anhelos que se realizan tan pocas veces, viendo cómo el ardor de mi pasión mermaba hasta desvanecerse, llegando a ser poco más que la hermana y amiga de Kalilah si mi padre no me hubiese confiado, en aras de sus terribles planes, al impío canalla que se sentaba diariamente junto a mí, esperando el momento oportuno para hacerme su presa. ¡Ah! ¡Shaban! ¡Ah, Shamelah! Vosotros, mis verdaderos amigos, ¿por qué me alejasteis de vuestros brazos? ¿Por qué no os disteis cuenta desde el principio del germen de la

apasionada atracción que residía en nuestros corazones, el germen que debía haber sido matado y extirpado antes de que llegase el día en que ni el fuego ni el acero fuesen de utilidad alguna?

Una mañana en la que estaba poseída por malignos pensamientos, expresando con un lenguaje aún más violento que el habitual mi desesperación por haber sido separada de Kalilah, el anciano fijó sus penetrantes ojos en mí y me envolvió con estas palabras:

—Princesa, tú que has sido enseñada por el más lúcido de los Sabios, con seguridad no ignoras el hecho de que existen Inteligencias, superiores a las del hombre, que toman parte en los acontecimientos humanos y son capaces de resolver nuestras mayores dificultades. Yo mismo, que te estoy contando todo esto, he experimentado en más de una ocasión sus poderes; pues yo tenía derecho a su ayuda, habiendo quedado desde que nací, al igual que tú, bajo su protección. Me doy perfecta cuenta de que no puedes vivir sin tu Kalilah. Es hora, pues, de que solicites ayuda a estos bondadosos espíritus. Pero, ¿tendrás la fortaleza moral, el coraje, para soportar la presencia de seres tan distintos a nosotros? Sé que su llegada produce ciertos efectos inevitables, temblores internos y el cambio repentino del ordinario fluir de la sangre; pero también sé que estos terrores, estas aversiones, indudablemente dolorosas, no son nada comparadas con el dolor terrenal que produce la total separación de un objeto amado. Si decides invocar al Yinn de la Gran Pirámide que, como sé, presidió tu nacimiento, si estás dispuesta a abandonarte a sus cuidados, yo puedo, esta misma tarde, darte noticias de tu hermano, que está más cerca de lo que imaginas. La Presencia en cuestión, transmitida entre los Sabios, es nombrada Omultakos: está, ahora mismo, al cuidado del tesoro que los antiguos reyes brujos emplazaron en este desierto. Por medio de otros espíritus que están bajo su mandato, se encuentra muy unido a su hermana, a la que, por cierto, ama tanto como tú misma a Kalilah. Comprenderá tus inquietudes tan bien como yo, y, no tengo ninguna duda, hará todo lo que pueda por atender tus deseos.

Al oír estas últimas palabras, mi corazón empezó a latir con inexplicable violencia. La posibilidad de ver a Kalilah de nuevo hizo que mis pechos se excitasen. Me levanté rápidamente y corrí por la habitación como una loca. Luego, acercándome por detrás del anciano, le abracé, diciendo que era mi padre, y arrodillándome a sus pies le imploré, con las manos juntas, que no arruinara mi felicidad y que me llevara, pasara lo que pasara, al santuario de Omultakos.

El viejo canalla estaba muy complacido y miraba con ojos maliciosos el estado de delirio al que me había conducido. Su única preocupación era cómo podría inflamar aún más la llama que había encendido. Para lograr este fin adoptó una postura fría y reservada, y dijo, con gran solemnidad:

—Debes saber, Zulkai s, que tengo mis dudas, y que no puedo tener dudas en materia de tal importancia, pues grande es mi deseo de ayudarte. Evidentemente no sabes lo peligroso que es el escalón que te propones subir; o, al menos, no te das del todo cuenta de su riesgo extremo. No estoy seguro de que vayas a ser capaz de soportar la terrible soledad de las inmensas criptas que debes atravesar y la extraña magnificencia del lugar al cual debo conducirte. No sé con exactitud qué forma adoptará el Yinn. Muchas veces le he visto con una apariencia tan aterradora que mis sentidos quedaron nublados durante mucho tiempo después; en otras ocasiones se ha mostrado con tan grotesco aspecto que difícilmente he podido contener la risa, pues nada hay más caprichoso que los seres de tal naturaleza. Omultakos, posiblemente, alivie tus penas, pero es necesario avisarte de que la aventura en la que quieres embarcarte es peligrosa, que el momento en el que aparece el Yinn es incierto, que mientras le esperas no debes mostrar temor ni miedo, ni impaciencia, y que, cuando estés frente a él, debes estar completamente segura de no reírte y de no gritar. Recuerda, en cualquier caso, que tienes que guardar silencio y una quietud de muerte, y tener las manos cruzadas sobre el pecho hasta que él te hable, pues un gesto, una sonrisa, un carraspeo, no sólo conllevarán tu destrucción, sino la de Kalilah y la mía propia.

—Todo lo que me has dicho —repliqué— inunda mi alma de espanto; pero, embargada por un amor tan terrible, ¿qué otra cosa puedo hacer sino aventurarme a tales riesgos?

—Te felicito por tu perseverancia sublime —se regocijó el Escalador, esbozando una sonrisa de la que entonces no pude apreciar su verdadero y terrorífico significado—. Prepárate. Tan pronto como la oscuridad se apodere del mundo, subiré a Muzaka a la punta de una de las más altas palmeras para que no entorpezca nuestros quehaceres. Te conduciré entonces a la puerta de la galería que desemboca en la morada de Omultakos. Allí he de dejarte, y de acuerdo a mi costumbre, escalaré la copa de un árbol y me quedaré en lo alto meditando y rezando por el éxito de tu empresa.

El tiempo de espera lo pasé llena de ansiedad y nerviosismo. Vagabundee sin rumbo fijo por los valles y colinas de la isla. Contemplé abstraída el fondo de las aguas. Esperé a que los rayos del sol declinasen sobre su superficie y miré en todas direcciones, medio temerosa, medio esperanzada, aguardando el momento en el que la luz se desvaneciese de nuestro hemisferio. Por fin, la santa quietud de una noche serena se extendió por el mundo.

Vi al Escalador despuntando entre un grupo de avestruces que se dirigían muy erguidas a beber al río. Se acercó con paso medurado. Puso sus dedos en mis labios y dijo:

—Sígueme en silencio.

Obedecí. Abrió una puerta y me hizo entrar junto a él en un estrecho corredor, de poco más de un metro de alto, por el que tenía que andar agachada. El aire que respiraba era sofocante y húmedo. A cada paso que daba hundía mis pies en unas plantas viscosas que crecían entre las fisuras y grietas de la galería. La delicada luminosidad de la luna se colaba a través de aquellas grietas, mostrándome una entrada y esparciendo su luz, aquí y allá, sobre unos pequeños pozos que habían sido excavados a derecha e izquierda de nuestro camino. Entre las negras aguas de aquellos pozos me pareció distinguir reptiles con rostros humanos.

Aparté la vista horrorizada. Ardía en deseos de preguntar al Escalador por el significado de todo aquello, pero sus tenebrosas y solemnes miradas hicieron que guardara silencio. Parecía avanzar con sumo trabajo, como si fuera apartando con sus manos algo que a mí me resultaba invisible. De pronto desapareció de mi vista. Era como si estuviésemos dando vueltas y vueltas en la más completa oscuridad; y, para no volver a perderle, me agarré a su túnica.

Por fin llegamos a un lugar en el que se respiraba un aire más fresco y límpido. Una solitaria antorcha de monstruoso tamaño, colocada sobre un bloque de mármol, iluminaba una vasta estancia y descubrió a mis ojos cinco escaleras, cuyas barandas, hechas de metales diferentes, se desvanecían en la oscuridad. Nos detuvimos y el anciano rompió el silencio diciendo:

—Elige una de estas escaleras. Sólo una te llevará al tesoro de Omultakos. Las demás se pierden en las profundidades cavernosas, y de ellas jamás se vuelve. Allí donde conducen no encontrarás más que hambre, y los huesos de aquellos que hace mucho tiempo ya se perdieron.

Una vez pronunciadas estas palabras, desapareció, y escuché el ruido de una puerta al cerrarse tras él.

¡Juzgad mi horror, vosotros que habéis oído rechinar sobre sus goznes las puertas de ébano que nos confinan para siempre en este lugar de tormento! Verdaderamente, estoy dispuesta a asegurar que mi posición era, si esto es posible, más espantosa aún que la vuestra, pues me hallaba en completa soledad. Caí al suelo sobre la base de un bloque de mármol. Una somnolencia, como aquella que nos embarga al término de nuestra existencia mortal, se apoderó de mis sentidos. De repente una voz clara, dulce, insinuante como la de Kalilah, aleteó en mis oídos. Creí, como en un sueño, verle al borde de una de las escaleras, la que tenía barandilla de bronce. Un guerrero majestuoso, con una diadema en su pálida frente, le tenía cogido de la mano.

—Zulkai s —dijo Kalilah con aire afligido—, Alá ignora nuestra unión. Pero Eblis, al que aquí ves, nos brida su protección. Implora su ayuda y sigue el camino que te señale.

Desperté llena de coraje y decisión, agarré la antorcha y comencé a ascender sin titubeos por la escalera con barandilla de bronce. Los escalones parecían multiplicarse bajo mis pies, pero mi determinación no disminuyó; y, por fin, llegué a un recinto cuadrado, inmensamente grande y enlosado con mármol de color carne, cuyas vetas simulaban las venas y arterias del cuerpo humano. Los muros de este espantoso lugar estaban ocultos por montones de tapices de diseños variados y cientos de colores, que se movían de un lado a otro, como si estuvieran siendo agitados por criaturas humanas que se escondiesen tras ellos. Por todo alrededor había cestas negras, cuyos candados de acero parecían incrustados en sangre. Unos silbidos sordos surgían del interior cerrado de algunas cestas; de otras, rugidos y gritos de voces indistintas, y tintineos metálicos. Pensé que aquellos sonidos, más que humanos, eran producidos por genios o duendes malignos. Me estremecí y escapé precipitadamente, pues me había parecido oír que alguna de aquellas voces pronunciaba mi nombre. La habitación era interminable y me percaté de que me había equivocado en cuanto a su forma. Se alargaba continuamente delante de mí, como la enfermiza perspectiva de una pesadilla. Imperceptiblemente, como por arte de magia, adoptó un aspecto aún más tenebroso. El suelo de mármol presentaba ahora el lívido color de la carne muerta; sus venas eran negras, como si la sangre se hubiese coagulado en el interior, y estaba surcado por manchones como los que produciría en la piel el

continuo golpear de mazas de hierro. Unas columnatas, más grandes aún que los monumentales pilares de los viejos reyes de Egipto, se erguían a mi alrededor sumiéndome en una oscuridad que la antorcha no era capaz de rasgar. Una niebla azulada, surgida de los más profundos abismos, se pegaba en las inquietas paredes como una cortina, y la luz fluctuaba perezosamente sobre mis brazos como el húmedo suspiro exhalado por las simas subterráneas.

Necesité de toda mi resolución, y me vi forzada a evocar la querida imagen de Kalilah lo más claramente posible antes de continuar con mi tarea. La vastedad de aquel recinto, su carácter lúgubre y su mobiliario me aterrorizaban cada vez más. Una laxitud se apoderó de mis sentidos y extremidades, la antorcha se convirtió en un bulto insostenible y apenas podía levantarla para inspeccionar los curiosos tesoros apilados a mi alrededor. Sin apenas entendimiento, observé que había cofres abiertos rebosantes de joyas diversas y objetos de oro de gran antigüedad que nadie había usado aún, de modo que me di cuenta por primera vez de que había llegado al tesoro de Omultakos, el Yinn al que los reyes brujos habían confiado sus riquezas. Pero pronto comencé a dudar, mientras observaba la terrible confusión que reinaba por todos lados... los huesos de manos humanas y otras reliquias sepulcrales que habían sido esparcidas indiscriminadamente sobre las piedras preciosas o almacenadas en distintas vasijas de plata labrada, como si también ellas fueran dignas de una extraña consideración. También descubrí que algunas de las más grandes cestas eran realmente sarcófagos, como los usados por los egipcios. Estaban llenos de cráneos, miembros endurecidos de antiguas momias y monedas de oro. Serpientes blancas como la leche, y otros muchos reptiles, se arrastraban de aquí para allá, llevando en sus fauces brillantes gemas o fragmentos de huesos que depositaban en ciertos receptáculos aún a medio llenar.

Una palidez, similar a la que conlleva la muerte, borró de mis ojos la visión de tanto horror y aplacó los rancios olores que emitían; pero me recuperé ante una aparición extraordinaria que, al descender tan rápidamente y con tanta seguridad de uno de los pilares más altos, confundí durante breves momentos con el Escalador-de-Palmeras. Llegó al suelo en un suspiro; se irguió y entonces descubrí mi error. Apenas pude contenerme de estallar en salvajes carcajadas, pues el desconocido personaje que se hallaba ante mí se parecía, más que a cualquier otra cosa, a un sarnoso mandril al que la melena se le hubiese caído en abundantes colgajos. Su cabeza, su rostro,

verdaderamente, carecían de pelo, como en los antiguos sacerdotes, y tenía sombreadas con rímel las cejas para destacar su blanca apariencia, así como las mejillas, que también habían recibido el toque de aquel cosmético. Portaba en un lado, colgando de un cinturón de piel humana, un saquito un tanto andrajoso, con forma de estómago, por entre cuyas rasgaduras asomaban objetos innombrables. Sin embargo, lo más fascinante de todo era la larga cola, que parecía arder con fuego perpetuo, y que el extraordinario ser agitaba delante de mi cara como una antorcha.

Teniendo presentes las recomendaciones del Escalador, me esforcé por contener la risa y permanecer en el más estricto silencio. Sin duda, fue preciso que obrara así. Omultakos, pues aquella presencia era en realidad el Yinn, me envolvió con una voz lúgubre y profunda que contrastaba extrañamente con su aspecto, y dijo:

—Princesa, no hay necesidad de que continúes sujetando esa enorme antorcha cuyo peso ha llegado a ser tan insoportable para ti. Mi cola, que arde con fuego inextinguible, servirá para alumbrarnos de ahora en adelante.

Me señaló un sarcófago medio vacío en el que, con expresivos gestos, ordenó que depositara la antorcha, dejándola recta, de manera que la grasa no goteara sobre los raros contenidos de aquel relicario. Entonces me dijo:

—Como digna recompensa por tu perseverancia en desafiar las sombras de este laberinto subterráneo, voy a mostrarte los muchos tesoros que han sido amasados en este recinto durante las edades de mi custodia. A las riquezas de los gobernantes cabalistas, ya de por sí fabulosas, yo mismo he añadido objetos que estimo especialmente. Eblis, en verdad, ha sido capaz de acumular en sus profundos salones un número aún mayor de riquezas terrestres, pero me aventuro a asegurar que mi colección es, en algunos sentidos, un poco más selecta que la suya. Por ejemplo, en este cesto puedes observar, entre otros objetos de formas delicadas y bellas, el fémur que antaño perteneciera a Balkis*.

Hizo ondear su cola, que resplandeció brillantemente, sobre la reliquia en cuestión, y luego, con aires de orgullo y superioridad, pasó a otras. Una vez, durante nuestro paseo, se detuvo delante de una pequeña caja de bronce verde llena de un polvillo de color marrón oscuro e, introduciendo una pizca en sus fosas nasales, comenzó a estornudar prolongada y violentamente. Cuando cesaron sus estornudos, aseguró con bastante satisfacción:

—No hay, a mi entender, polvo para estornudar más efectivo que el que yo he utilizado, elaborado a base de atomizar las momias antiguamente embalsamadas.

Mi sorpresa y disgusto fue disimulado por una extraña propensión a la risa, que yo vencía una y otra vez con bastante dificultad. Omultakos continuó su largo recorrido de inspección por la estancia, iluminando con la luz infatigable de su apéndice una variedad infinita de objetos que atestiguaban la mortal corrupción. En todo momento hablaba de sus dominios ancestrales y de su historia, con unas maneras tan arrogantes como fúnebres. Me enseñó, sobre todo, ciertos instrumentos musicales que él mismo había diseñado durante sus horas de ocio. De todos ellos, recuerdo unos laúdes hechos de costillas y huesos de brazos femeninos, cuyas cuerdas se componían de nervios de hombres, y también unos tambores de piel humana que producían una grave sonoridad. En más de uno de estos instrumentos se puso a tocar durante un rato para distraerme, y aunque pensé que las notas que salían de los mismos eran peor que atroces, creí bastante adecuado aplaudir, en vez de criticar, sus actuaciones. Mientras tanto, ardía en deseos de preguntarle acerca de Kalilah y la forma en que podríamos volver a estar juntos; pero en mi mente persistía todo lo que me había dicho el Escalador, y pude contener mi impaciencia.

Al fin, Omultakos, que me había llevado a una gran distancia entre las columnas y el sarcófago, dejó a un lado sus raros instrumentos musicales, se volvió hacia mí y dijo:

—No pienses, oh princesa, que todos mis tesoros son objetos legados de la antigüedad. En lo más recóndito de esta insondable cámara también se conservan objetos de más reciente fecha. Ten paciencia y sigue la luz de mi cola.

Con esta aseveración me condujo a un sarcófago abierto, dorado y lleno de jeroglíficos de una punta a otra, que permanecía un poco separado de los demás. En su interior, con inenarrable angustia y horror, descubrí el cuerpo de Kalilah, que yacía como muerto, con una palidez mortal en las mejillas, los labios y los párpados. Noté que los vestidos que le cubrían el pecho estaban rotos y ensangrentados. Me arrojé sobre él y traté de revivirle a besos, pero fue en vano.

En ese momento, Omultakos decidió interrumpir mis esfuerzos interponiendo la ágil punta de su cola incandescente entre mi rostro y el de Kalilah. En un tono severo, observó:

—Sólo hay una forma de que el Príncipe, tu querido hermano, pueda volver a la vida. El método, afortunadamente, está al alcance de mi mano. Primero, sin embargo, debo explicarte la presencia de Kalilah en este lugar. El Emir Abú Taher Achmed, dispuesto a continuar la heroica educación que había planeado para tu hermano, le envió hace unos días con una pequeña comitiva a cazar los feroces leones del Desierto Nubio. Estos leones aparecieron en gran número, y con su habitual voracidad despacharon a los acompañantes de Kalilah, y hubiesen hecho lo mismo con el Príncipe de no ser por la intervención de algunos de los Yinns a mi servicio que estaban al cuidado de la expedición. Desafortunadamente, llegaron demasiado tarde para evitar que Kalilah fuera herido de muerte por las garras de aquellas bestias. Le trajeron a mí unas horas después y he permitido que ocupase el sarcófago de uno de los más antiguos Faraones, aunque mi alma me dijo que lo poseería por poco tiempo y que Kalilah no se encontraría entre mis adquisiciones permanentes. Si tú, Zulkai s, consientes en una cosa muy simple, te daré, sin tardanza, una recompensa suprema. —¡Lo que sea! ¡Lo que sea! —grité salvajemente—. Haré lo que tú quieras con tal de que Kalilah vuelva a la vida.

—Sólo tienes que prometer una cosa —apuntó Omultakos—. Jurar fidelidad a Eblis, señor del globo fiero y las cavernas sombrías.

—Lo juro —repliqué con prontitud—. Dame la recompensa.

Omultakos, con sus simiescos dedos, comenzó a rebuscar en el saco harapiento que colgaba de su cinturón. Pude observar ciertos objetos nauseabundos de entre los cuales sacó una fruta pálida y amarilla, que recordaba vagamente en forma y tamaño a un melocotón, y que depositó en la palma de mi mano.

—Esta fruta —me explicó—, ha madurado en un jardín que, a pesar de no disfrutar jamás de la luz del sol, es más fértil que los jardines de Irem*. Si la exprimes suavemente sobre los labios de Kalilah, una sola gota de su jugo que caiga sobre ellos será suficiente para resucitarle con todo el esplendor que tanto has amado. En cualquier caso, la fruta es tuya y puedes hacer con ella lo que gustes; pero te aconsejo que no seas tan descuidada como para comértela en el futuro. Si lo hicieras así, los resultados podrían ser sorprendentes, ya que el jugo actúa de manera totalmente diferente si le es dado a alguien que está a las puertas de la muerte o, por el contrario, a otro que aún se encuentra en la plenitud de la vida.

Casi sin escuchar lo que decía, me esforcé por exprimir la fruta amarilla sobre los labios de Kalilah, que estaban tan blancos como los

de un cadáver. La alegría me inundó cuando el color de la vida retornó a ellos bajo los efectos del fluido, y cuando sus ojos se abrieron para devolverme mi ardiente mirada. Extendió sus brazos desde el sarcófago para abrazarme y me olvidé por completo de la presencia de Omultakos. Aquel personaje, después de un conveniente rato de espera, dijo con voz profunda:

—Siento interrumpir vuestra reunión, aunque no puedo hacer otra cosa que admirar y aprobar el fervor que os anima, pero es más que probable que en breve tenga que dar otro uso al receptáculo que ahora ocupáis. Por tal motivo, os conduciré a una alcoba que se encuentra más allá de la sala del tesoro. La alcoba en cuestión está amueblada con cómodos divanes, que servirán perfectamente para vuestros propósitos.

Kalilah, volviendo su cabeza hacia el sonido de la voz de Omultakos, se dio cuenta, por vez primera, del extraordinario mandril que había permanecido oculto por mis pechos a su campo de visión. Su asombro, por otra parte, no fue menor de lo que había sido el mío. Sin embargo, aceptando las recomendaciones de nuestro anfitrión, salió del sarcófago. En voz baja le supliqué que contuviese la risa incontenible que claramente pugnaba por salir de su boca. Ambos seguimos a Omultakos. Mientras caminábamos puse la fruta amarilla en el regazo de mi vestido.

Kalilah, más impresionado por la apariencia de nuestro guía que por el siniestro ambiente que nos rodeaba, no pudo evitar comentarios acerca de las propiedades ígneas de aquella cola que rasgaba la oscuridad con llameantes destellos mientras era agitada por su propietario según avanzaba. Me indicó, fascinado, que el mandril no parecía experimentar ningún tipo de molestia, fuese cual fuese la causa de aquella combustión singular. Omultakos, que le había oído, se volvió y dijo:

—Debes saber, joven príncipe, que está en la propia naturaleza de mi cola arder de tal forma, y que la sensación que me produce no es más terrible o extraordinaria que la que experimentan las mujeres cuando se les sonrojan las mejillas, o los hombres cuando les hierve la sangre. Después de un trayecto que en verdad pareció corto y que no fui capaz de asociar con la sensación de vastedad que me había formado sobre aquel recinto, llegamos a un portal abierto. El destello de Omultakos, ondeando en lo alto, alumbró una habitación mucho más pequeña, con divanes de tela dorada y paredes recubiertas de tapices negros. A mi padre le habrían encantado aquellos doseles, pues

estaban completamente cubiertos de jeroglíficos; pero aquellos signos, que parecían cambiar continuamente de un momento a otro, habrían enloquecido a los Sabios que mi padre empleaba. Aquí nos dejó el Yinn, después de encender con su antorcha la multitud de lámparas de bronce y luminarias de cobre que se hallaban en la estancia. Pensé que su partida era un tanto brusca y falta de ceremonia, pero recordé que se había presentado ante mí, saliendo de debajo de una columna, de una manera no menos informal. A través del portón abierto, Kalilah y yo nos quedamos mirando durante un rato la estela luminosa que dejaba tras de sí al avanzar por la cámara del tesoro. Parecía estar muy ocupado, y pudimos atisbar las siluetas de unos singulares criados que traían un nuevo cargamento de tesoros. Pero la alegría de volver a estar juntos nos llenaba hasta tal punto que apenas prestamos atención a todas estas actividades, y fuimos capaces de olvidar, por el momento, su siniestra procedencia.

Entre caricia y caricia, nos hicimos el uno al otro un centenar de preguntas, contándonos con todo lujo de detalles lo que nos había sucedido desde el día de nuestra separación. Kalilah se impresionó mucho cuando supo los pormenores de mi visita al palacio subterráneo y la promesa que había hecho, por su causa, al Yinn.

—¡Ay! —dijo—, temo que todo esto haya sido preparado, y no con buenos propósitos. Los leones que me atacaron tenían un tamaño y una furia sobrenaturales. No tengo ninguna duda de que eran los mismísimos Yinns de los que Omultakos te ha hablado, y que, después de asesinar con sus garras a mis acompañantes y dejarme inconsciente, me trajeron aquí. Y tú, Zulkāī s, debido al amor que me profesas, has caído en la trampa. Sin embargo, debemos intentar olvidarlo. No importa cuán precaria y tenebrosa sea nuestra situación si al menos tenemos el consuelo de estar juntos.

—Todo lo que he hecho no es nada —repliqué—. Me sometería alegremente a Eblis un millar de veces si con ello te salvase la vida.

Las horas transcurrieron conversando de aquella manera y pronto empezamos a extrañarnos por la larga ausencia de Omultakos, que se había desvanecido entre las columnas del tesoro y no había vuelto a aparecer. Nos había dejado sin aclararnos sus intenciones acerca de nuestro futuro, y parecía haberse olvidado de nosotros. Además, no nos había suministrado ningún tipo de provisión, excepto las lámparas y braseros encendidos. Gracias a la luz de aquellas vasijas, comenzamos a discernir las grietas que se abrían en los tapices colgantes y la gran antigüedad de los divanes, que parecían proceder

de palacios largo tiempo enterrados en las arenas del desierto. Notamos, de igual modo, que las lámparas y los braseros rezumaban una sustancia gris verdosa. El humo que salía de las vasijas, aromático y mohoso al mismo tiempo, como los aromas que se exhalan en las ceremonias de los Faraones, nos turbaba. A ratos oíamos sonidos inquietos y escurridizos, cuya procedencia no éramos capaces de situar. Además comencé a sentir hambre, pero en la habitación no había nada comestible. Por fin me acordé de la fruta que había puesto en mi regazo después de utilizarla para revivir a Kalilah. Olvidando las advertencias del Yinn, la cogí. La habría compartido con Kalilah, pero él, dándose cuenta de mi apetito, la rechazó. La devoré con ansiedad, encontrando su pulpa de sabor extraño y picante.

Casi inmediatamente experimenté una sensación de insoportable calor, un intenso ardor de vida creció dentro de mí, como si se incendiaran los confines de mi corazón. La cámara parecía resplandecer con una luz que no procedía de las lámparas encendidas. Mis sentidos estallaron en un caos confuso de deseos, la locura se apoderó de mí, y perdí la percepción de Kalilah, como si fuese una sombra más de la habitación. Entonces pensé que una bola de fuego, impregnada de un centenar de cambiantes colores, surgía de la nada flotando en el aire ante mis ojos. Me embargó el extraño deseo de poseer aquella bola y salté intentando agarrarla, pero el globo me esquivó y siguió volando suavemente, y yo, sin atender a los gritos de Kalilah, corrí tras él. Atravesé un pequeño portal en un extremo de la habitación y recorrí un laberinto de corredores cavernosos que, excepto por la luz que emanaba del globo, estaban totalmente a oscuras. Mi único interés consistía en atrapar la brillante bola y no tenía la más mínima noción de lo que me rodeaba ni la ruta que seguía. Por fin la luz desapareció, dejando tan sólo un débil destello, como las ascuas del sol al ocultarse, y me encontré al borde de un abismo. Muy abajo, la bola retrocedía, hundiéndose en las profundidades, de las que me llegaba el sordo y eterno rugido de unas aguas olvidadas. Y sin embargo, en mi delirio, me habría lanzado en pos del globo si al cabo de un rato no hubiese parecido volver a mí desde las profundidades. Aguardé, dispuesta a cogerlo, pero mientras subía me di cuenta de su fuente verdadera. Se trataba de Omultakos, que escalaba por la pared del precipicio con agilidad, ayudándose de las pequeñas fisuras que se abrían en la roca.

En un instante estuvo ante mí, y dijo con aires de reproche:

—Princesa, ¿a qué viene este deseo de arrojarte en el río subterráneo que fluye eternamente hacia las regiones de Eblis? La hora de tu partida, siguiendo el curso perezoso del río, todavía no ha llegado. Afortunadamente, encontré a tu hermano, que estaba buscándote en la oscuridad de las cavernas. Al darme cuenta de lo que sucedía, vine sin demora por otro camino distinto del tuyo para interceptarte. Kalilah, en justo pago a esta ayuda, ha jurado también pleitesía al Príncipe del globo fiero y los corazones llameantes. Volvamos con él, pues temo que aún vague perdido y sin rumbo en la oscuridad. En cierta manera, soy culpable de lo que ha sucedido. Apartado de vosotros por las tareas que reclama el cuidado de mis tesoros —tareas que a veces son muy exigentes—, he olvidado las obligaciones propias de un anfitrión y no os he proveído de vuestras necesidades habituales. Si hubiese cumplido con mis cometidos, el hambre jamás te habría obligado a comer la fruta que despertó tu delirio.

Mi locura se aplacó. Seguí a Omultakos, y mientras caminábamos pude fijarme en los horrorosos laberintos de cavernas que el globo de los miles de colores me había ocultado. A cada esquina surgían huesos amontonados y esqueletos que posiblemente pertenecieron a sujetos que se habían perdido en aquel laberinto y habían muerto de hambre. Algunos de los esqueletos yacían muy juntos, pero no sabría decir si la intimidad de sus posturas se debía al amor humano o al canibalismo. Omultakos no me aclaró este punto y yo no quise preguntarle. Por fin encontramos a Kalilah, cuya alegría fue un poco menos extravagante que el delirio que me había llevado en pos de la esfera flotante.

—Debo abasteceros más adecuadamente para vuestra estancia —dijo Omultakos—. Eblis me permite alojaros aquí durante un tiempo. Mi jardín subterráneo no se encuentra lejos, y allí se alza un pabellón que podéis ocupar. Se os servirá comida y bebida regularmente, en cantidades abundantes, y espero que, en vista de lo ocurrido, nada os haga volver a probar la fruta que crece de mis árboles.

Nos condujo a través de un corto pasadizo, desde donde emergimos a una inmensa caverna de techo púrpura como la noche y que estaba salpicada con relucientes piedras preciosas que simulaban los planetas y constelaciones. Desde allí contemplamos el jardín del que nos había hablado. Estaba cubierto de árboles fantásticos que se inclinaban por el peso de las distintas frutas y flores que colgaban, y aparecían iluminados astutamente por unas lamparitas que apenas se podían distinguir de los frutos en sí mismos. En el centro se alzaba un

pequeño pabellón de mármol moteado en rosa y negro. Estaba amueblado con lujosos divanes y una mesa en la que se habían dispuesto para nuestro solaz deliciosas viandas y vinos del color del rubí y el topacio. Omultakos, después de brindarnos de nuevo su hospitalidad, suplicó que le disculpásemos y se marchó con la misma rapidez que caracterizaba todos sus movimientos.

En el pabellón en el que nos había alojado, Kalilah y yo moramos durante un período de tiempo que no sabríamos calcular. Aquellos momentos, sin embargo, a pesar de ciertos presagios, fueron los más felices que había conocido desde los días de nuestra niñez, cuando el Emir aún estaba dispuesto a dejarnos juntos sin imposiciones. En aquel lugar no había diferencia entre el día y la noche; las lámparas ardían eternamente sobre las ramas cargadas de frutas, y las piedras preciosas que brillaban como estrellas relucían sin cesar en el techo sobre nuestras cabezas. Con frecuencia vagabundeábamos por el jardín, que poseía una extraña belleza, aunque no nos dedicábamos, después de algunos descubrimientos indiscretos, a explorar sus más recónditos lugares. El perfume de los capullos, más rico que el de la mirra y el sándalo, nos provocaba una agradable languidez; y mientras el Yinn continuase aprovisionándonos con aquellas sabrosas y variadas comidas, y con aquellos vinos más delicados que los del príncipe de Persia, no nos importaba dejar sus frutos en paz. Felices de volver a estar juntos, y con todo lo necesario a nuestra disposición, nos olvidamos completamente del juramento que habíamos hecho. Tampoco estábamos excesivamente preocupados por el hecho de que los sirvientes que nos atendían fueran invisibles y sólo dieran muestras de su presencia por el sonido que producían, un ruido semejante al aletear de grandes murciélagos. De la misma manera, y casi siempre, éramos capaces de ignorar un triste murmullo que prevalecía continuamente sobre el jardín, y que parecía surgir de aguas subterráneas que se hallasen a una distancia indeterminada y en una dirección de la que nunca estuvimos seguros. En verdad, nos acostumbremos de tal manera a aquel sonido tan monótono y amenazador que nos parecía una característica más del silencio en el que estábamos inmersos.

Nuestro anfitrión, que indudablemente estaba muy ocupado con el mantenimiento de sus nuevas adquisiciones y el tesoro que los reyes brujos le habían confiado, no volvió a visitarnos. Nos sorprendió su negligencia, pero dadas las circunstancias no le echamos de menos.

Pero, ¡ay!, aunque no lo sabíamos, o tratábamos de olvidarlo, las malignas fuerzas que guiaban nuestros destinos no dejaban de trabajar. Nuestro retiro en el jardín de Omultakos nos tenía reservado un terrible desenlace. Por virtud de la fidelidad que habíamos jurado ambos al Señor del Mal, debíamos compartir, en el plazo señalado, la fatalidad de todos aquellos que también se habían condenado a sí mismos. Y aun así –ansiosos de volver a revivir aquellas horas felices–, yo, y también Kalilah, volveríamos a repetir el mismo juramento sin vacilación. No soñéis que estamos arrepentidos.

Estábamos haciendo nuevos votos de fidelidad, como tantas otras veces, echados sobre un sofá del pabellón, cuando llegó la fecha de nuestra perdición. Se presentó sin anunciarse, excepto por el bramido insoportable de un trueno que pareció resquebrajar los cimientos del mundo. Fuimos zarandeados como si de un terremoto se tratase, el aire se oscureció y el suelo se abrió a nuestros pies. Abrazados el uno al otro, tuvimos la sensación de caer, junto con el pabellón, en un profundo abismo. Entonces cesó el trueno, el vértigo de nuestro descenso decreció y oímos por todas partes el triste y furioso bramido de las aguas batientes. Una luminosidad melancólica se cernió sobre nosotros, y de esta forma vimos que el pabellón se había convertido en un montón de serpientes atrapadas juntas en las cuerdas de unas redes que sobresalían de la tumultuosa oscuridad de un río. Las serpientes, tan largas y rígidas como palos de madera, aún conservaban en su piel el moteado blanco y rosa del mármol, y estaban entrelazadas entre sí formando una figura geométrica a nuestro alrededor, como la superestructura del pabellón. Y mientras seguíamos cayendo, emitían un siniestro y profundo siseo que se sumaba al sonido de las rugientes aguas.

De esta manera horrible fuimos transportados a través de fantasmagóricas cavernas, cada vez mas profundas, hacia los reinos malditos de Eblis. La noche acabó por engullirnos y no fuimos capaces de volver a distinguir el más mínimo destello de luz. Abrazados fuertemente el uno al otro, intentábamos mitigar con nuestro contacto el miedo que nos producía el espantoso sisear de los reptiles y el terror de nuestra situación. De esa manera nos pareció viajar durante un período de tiempo equivalente a muchos días.

Por fin una luz despuntó sobre nuestras cabezas, lánguida y melancólica, y el rugir del río se hizo más profundo, como el tronar de unas poderosas cataratas que se abriesen ante nosotros. Estábamos completamente seguros de que la torrentera nos arrojaría sobre

alguna ribera fatal, pero en aquel momento las serpientes que nos envolvían comenzaron ondular con desesperación y, nadando vigorosamente, nos hicieron tomar tierra en los salones de Eblis, no lejos del lugar donde el Sultán Solimán escucha por toda la eternidad el tumulto de la cascada, esperando el momento de su liberación, que sólo llegará cuando aquellas aguas dejen de fluir. Después de aquello, las serpientes se separaron, entraron de nuevo en el río y nadaron cada una por su lado de vuelta al jardín de Omultakos. Ahora, señor, esperamos, como vos, el momento en el que nuestros corazones sean prendidos con el fuego inconsumible y ardan con tanto fulgor como la cola del mandril; pero, ¡ay!, indecible será la angustia, como la del corazón de todos los mortales, que obtendremos de esa llama en la que se esconde el éxtasis de los demonios.

(*) La bíblica Reina de Saba, llamada así en la tradición musulmana. Balkis visitó a Salomón en el siglo X antes de Cristo. Gérard de Nerval narra la visita de Balkis a Salomón en su magnífico relato Historia de la Reina de la Mañana y de Solimán, Príncipe de los Genios, editado por Valdemar en El Club Diógenes, n.º 39.

(*) La Ciudad de las Mil Columnas, de H.P. Lovecraft, por cuyas ruinas se paseó Abdul Alhazred. Clara referencia de Clark Ashton Smith a la obra del escritor de Providence.

Más libros en <http://www.manuscritos.com>